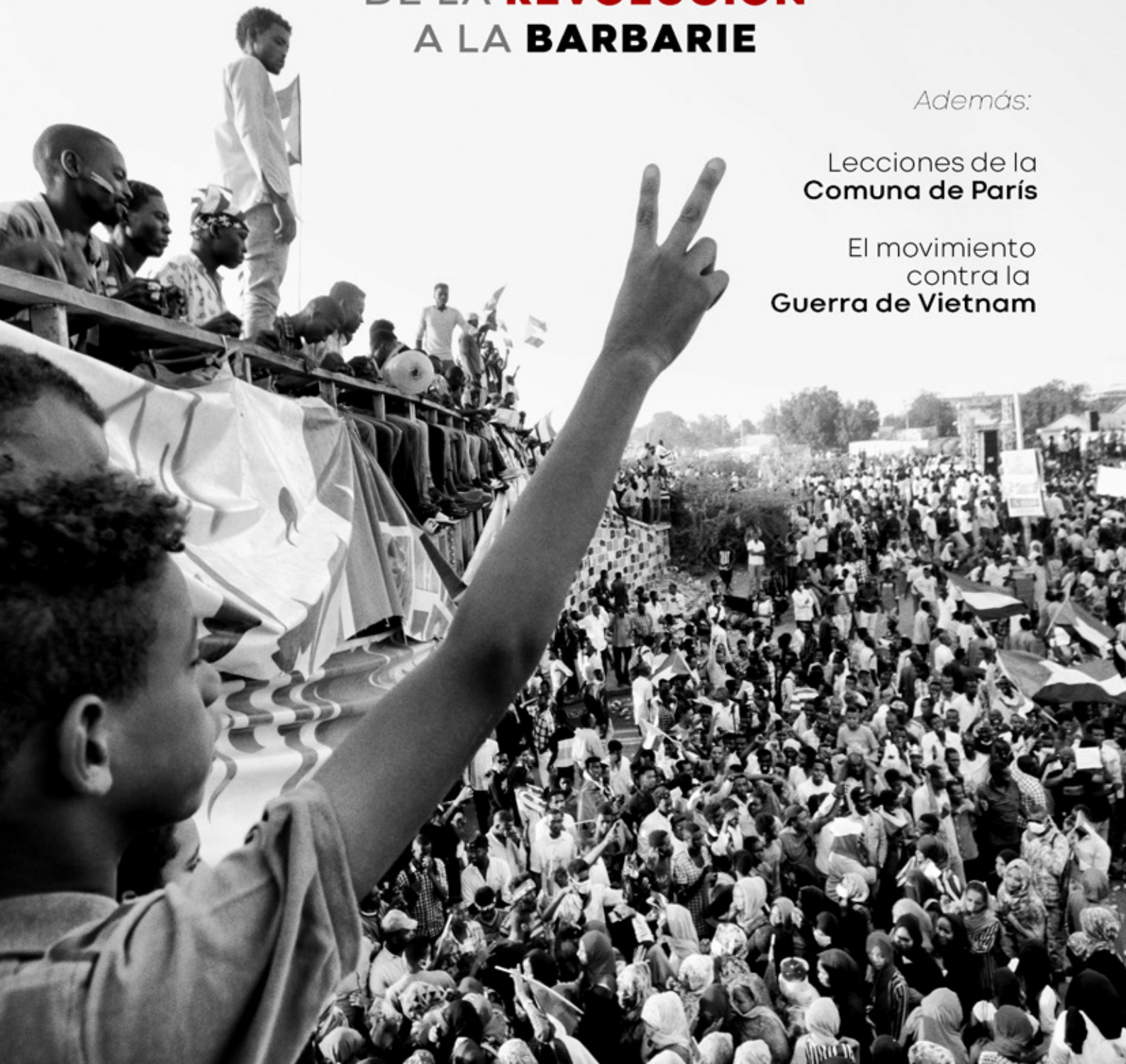
América
SOCIALISTA
en defensa del **MARXISMO**
Número 42

SUDÁN

DE LA **REVOLUCIÓN** A LA **BARBARIE**



Además:

Lecciones de la **Comuna de París**

El movimiento contra la **Guerra de Vietnam**

América SOCIALISTA

en defensa del **MARXISMO**

Revista teórica de la
Internacional Comunista Revolucionaria

Número 42 Enero 2026 © In Defence of Marxism marxist.com

Editores: Alan Woods (editor en jefe), Rob Sewell, Hamid Alizadeh, Francesco Merli, Daniel Morley, Ben Curry, Josh Holroyd, James Kilby, Jorge Martín (edición en español) | ***Diseño:*** Jesse Murray-Dean
Contacto: contacto@marxist.com | Todas las imágenes sin créditos son de uso público
Colección David King, adquirida por Tate Archive de David King en 2016
Portada: Desde la sentada en el cuartel general militar de Jartum, Sudán, 19 de abril de 2019 (© Ahmed Ali)
Interior: Tren que lleva a personas a la sentada en Jartum, 17 de agosto de 2019 (Manula amin)

americasocialista.org
contacto@marxist.com

Ventas y suscripciones en:
Argentina Bolivia Brasil Canadá Chile Colombia
El Salvador Estado español Estados Unidos Guatemala
México Perú Puerto Rico Venezuela



Page 4
Socialismo o barbarie
Redacción de 'América Socialista'

Page 8
Sudán: De la revolución a la barbarie
Thomas Soud

Page 24
Las Lecciones de la Comuna de París
León Trotski

Page 28
El movimiento contra la guerra de Vietnam
Tom Trottier

Page 39
La montaña mágica: Un retrato de la decadencia capitalista
Daniel Morley



SOCIALISMO O BARBARIE

Redacción de
América Socialista



Hace cien años, en plena Primera Guerra Mundial, apareció en Zúrich un panfleto anónimo firmado con el seudónimo «Junius» que rápidamente comenzó a circular por todo el movimiento obrero internacional. En realidad, este panfleto había sido escrito por Rosa Luxemburgo desde una celda de una prisión alemana. En él, escribía:

> «La sociedad capitalista se halla ante un dilema: avance al socialismo o regresión a la barbarie».

Esta audaz predicción, que ella atribuyó a Friedrich Engels, se ha convertido en uno de los lemas más conocidos del movimiento marxista: «socialismo o barbarie».

Estas palabras conservan toda su fuerza hoy en día. Captan perfectamente el período en el que vivimos: un sistema social en avanzado estado de decadencia; una clase dominante degenerada, incapaz de abordar los problemas de la humanidad; y una lucha a vida o muerte por parte de los oprimidos para derrocar el viejo orden, en la que la clase obrera debe salir victoriosa o enfrentarse a la ruina.

Es esta realidad la que se ha ilustrado de manera tan cruda en el Sudán actual, y a la que se dedica el presente número de *América Socialista - En defensa del marxismo*.

ASCENSO Y CAÍDA

Contrariamente a la idea liberal que antes era común, la historia no es un ascenso continuo y gradual por la senda del progreso humano. La historia conoce tanto una curva descendente como una ascendente, grandes saltos adelante y dramáticos colapsos.

Visita las majestuosas pero desoladas ruinas de las grandes ciudades mayas, o párate sobre los restos de la muralla de Adriano, construida para establecer el límite exterior del Imperio Romano, y podrás vislumbrar la gran ley dialéctica de la historia: «Todo lo que existe merece perecer».

Pero no basta con observar el hecho de que otras civilizaciones han surgido y desaparecido antes que la nuestra; es necesario comprender por qué. Y durante cientos de años, historiadores y filósofos se han devanado los sesos con esta pregunta. De hecho, la BBC ha estrenado recientemente una serie titulada «Civilizaciones: Auge y caída» sobre este mismo tema, que trata del colapso de Roma, el Egipto ptolemaico, el Imperio azteca y el shogunato Tokugawa de Japón.

Por no hablar del contenido de esta serie (cuanto menos se diga al respecto, mejor), lo más llamativo es el hecho de que se reconozcan tan abiertamente los paralelismos con la actualidad. Tomemos como ejemplo una reseña de *The Guardian* titulada: «Una serie de televisión que te hará desesperar por el declive de nuestra sociedad».

El declive y el colapso de las civilizaciones se suelen explicar por el mal liderazgo, como emperadores incompetentes

o dementes, o por causas externas, como desastres naturales y plagas. Si bien estos factores influyen, el declive irreversible de toda una civilización no puede explicarse simplemente por los errores de unos individuos. Tal explicación sólo plantea la pregunta: «¿Por qué sus líderes seguían cometiendo errores?», una pregunta que muchos se hacen hoy en día sobre nuestros propios gobernantes.

Karl Marx descubrió el proceso fundamental que, en última instancia, determina el auge y la caída de las civilizaciones, y lo expuso en unos pocos y brillantes trazos en su *Prefacio a una contribución a la crítica de la economía política*, publicado en 1859, el mismo año que *El origen de las especies* de Darwin.

Aplicando un enfoque científico, Marx identificó que toda formación social surge sobre una base material: no solo las condiciones ambientales, sino un conjunto definido de relaciones entre los seres humanos, a través de las cuales producen las necesidades de la vida de acuerdo con el nivel de tecnología ya adquirido.

Durante un tiempo, la difusión de estas relaciones de producción, y de todo el orden social, político e ideológico que surge sobre esta base material, acelera enormemente el desarrollo de los medios de producción, la ciencia y la técnica: en resumen, lo que se denomina las «fuerzas productivas». Y a medida que las fuerzas productivas se desarrollan, refuerzan a su vez el orden emergente, que arrasa con todo a su paso.

La historia está llena de ejemplos de este fenómeno: la difusión de la agricultura durante la revolución neolítica; el surgimiento de los Estados y la sociedad de clases durante la Edad del Bronce; el auge del sistema esclavista, de la Europa antigua y del Mediterráneo; el «auge medieval», que siguió a la consolidación del feudalismo; y, por supuesto, el imparable auge del capitalismo industrial moderno. Y esta lista no es, ni mucho menos, exhaustiva.

Pero todas las cosas acaban convirtiéndose en su contrario. Como explica Marx, las fuerzas productivas que se han desarrollado bajo el orden existente se vuelven demasiado poderosas, demasiado amplias para los estrechos límites de las relaciones de producción y de intercambio existentes.

En esos períodos, el mantenimiento de las viejas relaciones se convierte en un obstáculo cada vez más doloroso para el desarrollo posterior. Mientras tanto, el desarrollo económico que se produce no conduce al fortalecimiento del orden existente, sino que lo socava, provocando crisis, guerras y revoluciones.

La economía esclavista romana decayó, y de ese declive surgió finalmente el feudalismo. Del mismo modo, el feudalismo prosperó en Europa durante siglos, solo para entrar en su propio período de declive, en el que se sentaron las bases del capitalismo. Así, en el auge de cada sistema social se encuentran las semillas de su eventual decadencia, y cada declive contiene las semillas del progreso futuro, por remoto que parezca.

IMPERIALISMO

Pero, ¿qué hay del capitalismo? Dado que la economía mundial ha crecido muchas veces durante el último siglo, ¿en qué sentido podemos hablar hoy del declive del sistema capitalista? La respuesta se encuentra en la naturaleza del imperialismo, descrita por Lenin en su libro *El imperialismo, fase superior del capitalismo*, escrito el mismo año en que se publicó el folleto de Luxemburgo.

El imperialismo no es simplemente una nación que domina a otra, como se entiende comúnmente por el término; es una etapa en el desarrollo del sistema capitalista mundial, en la que las relaciones capitalistas se han convertido en su contrario.

La llamada «libre competencia» entre empresas capitalistas ha sido sustituida por el dominio del mercado por parte de una serie de bancos gigantes y monopolios, que están indisolublemente ligados al Estado. Esto se aplica tanto a países en los que se reconoce abiertamente el papel del Estado, como China, como a Estados Unidos, supuesta cuna de la «libre empresa».

El auge de la planificación dentro de los monopolios no acaba con la anarquía del mercado, sino que la exacerba, lo que conduce a crisis cada vez más profundas. Al mismo tiempo, conceptos como la «destrucción creativa» y la «mano invisible» del mercado han sido sustituidos en la práctica por empresas «demasiado grandes para quebrar», que reciben rescates, subvenciones y lucrativos contratos estatales, todo ello financiado con unos niveles de deuda pública que hacen saltar las lágrimas.

En consecuencia, la propia clase capitalista se ha vuelto totalmente parasitaria. El desarrollo que se produce depende en gran medida del Estado y no lo llevan a cabo los empresarios, sino un ejército de trabajadores asalariados. En lugar de fortalecerse con ese desarrollo, la clase dominante solo se vuelve más superflua.

Esto se ve más claramente en las antiguas potencias imperialistas de Europa, donde la clase dominante ha presidido décadas de estancamiento económico, desindustrialización y deterioro de las infraestructuras. Pero los signos de la decadencia capitalista se pueden ver en todas partes, sobre todo en los indescriptibles niveles de desigualdad.

En realidad, nunca en la historia ha habido una clase dominante tan parasitaria, tan alejada de la realidad y tan madura para ser derrocada.



Rosa Luxemburgo

Opuesto: «Muerte al imperialismo mundial» (1920), Dmitri Moor (David King)

Naturalmente, esto se refleja en la degeneración intelectual, moral e incluso psicológica de la clase dominante. Esto se resume en la figura del banquero y traficante sexual Jeffrey Epstein, cuya sórdida red de «clientes» abarcaba a gran parte de las familias más ricas y poderosas del mundo occidental. Y eso es solo la punta del iceberg.

El dominio del mundo por parte del imperialismo también trae consigo el flagelo de la guerra y el genocidio a una escala sin precedentes. En este sentido, el nivel más alto de civilización alcanzado hasta ahora por la humanidad produce necesariamente su contrario: la barbarie.

Así ha sido a lo largo de la historia del imperialismo capitalista moderno. En los albores de la era imperialista, la Conferencia de Berlín de 1884 estableció la infame doctrina de *terra nullius* (tierra de nadie), en virtud de la cual se destruyeron estados y se exterminaron poblaciones con el fin de despejar el territorio para las potencias imperialistas europeas.

Impulsada por el insaciable apetito de los monopolios por los recursos, los mercados y los campos de inversión, la incesante lucha de los estados capitalistas más poderosos por repartirse el mundo condujo a la carnicería de dos guerras mundiales, que en conjunto se cobraron la vida de más de 100 millones de personas.

E incluso durante la edad de oro de la llamada «*Pax Americana*», el mundo fue testigo de una guerra de exterminio librada por el imperialismo estadounidense contra el pueblo de Vietnam, cuya barbarie quedó resumida en la frase de un general estadounidense: «Vamos a bombardearlos hasta devolverlos a la Edad de Piedra».

Hoy en día, no nos faltan ejemplos de la barbarie fomentada y difundida por el imperialismo. En el horror infligido a los pueblos de Gaza, Darfur y el este del Congo, vemos claramente la profunda verdad de la advertencia de Luxemburgo:

«La victoria del imperialismo es la aniquilación de la civilización».

Y si se permite que el capitalismo siga destruyendo el medio ambiente, entonces esto se confirmará en el sentido más completo y literal imaginable.

LUCHA DE CLASES

Tal es el horror que produce la crisis del capitalismo actual, que muchas personas han perdido toda fe en que sea posible encontrar un sentido racional al mundo. Esto, a su vez, ha alimentado un creciente interés por la religión y las teorías conspirativas. Muchos incluso hablan del fin del mundo, ya sea debido a una IA rebelde, a una guerra nuclear o a cualquier otra causa.

Este temor apocalíptico no es nuevo; era común en los últimos días del feudalismo en los siglos XIV y XV. Pero eso no fue el fin del mundo, solo la muerte de un orden obsoleto.

En esos períodos, el progreso significa escapar de los escombros de un sistema que se hunde y establecer un nuevo orden, basado en relaciones fundamentalmente diferentes.

Esta eliminación de las viejas relaciones obsoletas y la liberación de las fuerzas productivas de la humanidad es la esencia de la revolución social. Pero las revoluciones no las llevan a cabo las propias fuerzas productivas, ni la «humanidad» o la «historia» en abstracto. Las llevan a cabo seres humanos vivos, divididos en clases con intereses opuestos.

Marx señaló que la humanidad solo se fija «las tareas que es capaz de resolver». A medida que cualquier sistema social florece, crea las fuerzas materiales necesarias para su derrocamiento, incluidas nuevas clases sociales capaces de hacer realidad un nuevo orden social. Bajo el feudalismo fue la burguesía. Hoy en día es la clase obrera la que encarna las esperanzas de la humanidad.

Esto no es simplemente un artículo de fe. La clase obrera produce casi toda la riqueza del mundo. A lo largo de la historia, los trabajadores han demostrado en numerosas ocasiones que son capaces de hacerse cargo de la producción y organizarla de forma aún más eficiente, sin los costes innecesarios que suponen los jefes y los terratenientes.

Además, desde su llegada a la escena histórica, la clase obrera se ha visto impulsada por la lógica de su posición de clase a luchar contra la clase dominante y el orden establecido, lo que la ha situado al frente de todos los movimientos de liberación y progreso.

Por lo tanto, «socialismo o barbarie» significa que solo la toma del poder por parte de la clase obrera puede derrotar al imperialismo y derrocar por fin el decadente orden capitalista. Pero también hay que reconocer que la clase dominante no se detendrá ante nada, ni siquiera ante el riesgo de socavar su propia civilización, para aplastar el surgimiento de una nueva sociedad dentro de la antigua.

Cuando los trabajadores de París fueron masacrados en 1871, la matanza fue tan salvaje que incluso la respetable prensa burguesa suplicó a las autoridades que se detuvieran, ya que el hedor de los cadáveres era insoportable. En el siglo XX, la burguesía europea estaba dispuesta a desatar el monstruo del fascismo en Europa para liquidar el movimiento obrero, antes que arriesgarse a ser derrocada.

Del mismo modo, en el período reciente, la clase dominante sudanesa estaba más que dispuesta a utilizar las Fuerzas de Apoyo Rápido como sus perros de presa contra el movimiento revolucionario. Durante años, esta fuerza paramilitar reaccionaria fue preparada y financiada no solo por el Estado sudanés, sino también por una serie de potencias extranjeras. El resultado ha sido la destrucción del país.

El destino de Sudán debería servir de advertencia: cualquier revolución que no logre derrocar por completo a la burguesía y su Estado se está preparando para el desastre.

EL PARTIDO

Cabría preguntarse, con razón, si la clase obrera es realmente capaz de derrocar al capitalismo y sacar a la sociedad del decadente orden capitalista, ¿por qué no se ha logrado ya?

Ciertamente, la supervivencia del imperialismo no puede atribuirse a la falta de valor o determinación de los trabajadores cuando emprenden el camino de la revolución. Durante los últimos 100 años, casi todos los países del planeta se han visto sacudidos por inspiradores movimientos de masas, que han planteado de forma directa la cuestión del poder.

Sin embargo, la gran mayoría de estos movimientos no han conducido al derrocamiento del capitalismo. Y lo que la

Tríptico de la Guerra (1938), Aurelio Arteta, pintado durante la Guerra Civil Española



experiencia del último siglo ha demostrado sin lugar a dudas es que el poder y el heroísmo de las masas, aunque absolutamente esenciales para cualquier revolución, no son suficientes por sí solos.

Lo que se necesita es organización y, sobre todo, una dirección capaz de afrontar las inmensas tareas de la historia y llevar la lucha a una conclusión victoriosa. Y es este factor decisivo el que, trágicamente, ha faltado en tantos casos.

Esto no se debe simplemente a accidentes o errores individuales. Cuando las masas se lanzan a la lucha, es natural que primero busquen figuras u organizaciones conocidas, o aquellas que ofrecen el camino de menor resistencia. Pero estas tienden a mirar hacia el pasado o están completamente desconcertadas por la situación.

A través de su propia experiencia de los acontecimientos, los trabajadores y los jóvenes aprenden lecciones duramente ganadas y comienzan a sacar conclusiones revolucionarias. Pero si no existe un liderazgo alternativo que dé expresión a estas conclusiones, no se puede improvisar en el momento. Como resultado, el movimiento llegará a un callejón sin salida, como ocurrió en Sudán.

La tarea fundamental del partido revolucionario es ser capaz de conectar con la conciencia en desarrollo de las masas y ganar el liderazgo del movimiento a tiempo, antes de que las fuerzas de la contrarrevolución sean capaces de pacificar o aplastar el movimiento.

No es una tarea sencilla, por lo que requiere que dicho partido se construya *antes de* que el volcán de la revolución entre en erupción. En su respuesta al panfleto «Junius» de Luxemburgo, Lenin reconoció la urgencia de construir una organización de este tipo cuando escribió:

«Un defecto muy grande del marxismo revolucionario en Alemania en su conjunto es la falta de una organización ilegal compacta que persiga sistemáticamente su línea y eduque a las masas en el espíritu de las nuevas tareas…».

Estas palabras cobran un gran significado durante la Revolución Alemana de 1918. Luxemburgo y otros marxistas revolucionarios iniciaron la crucial lucha por construir una dirección revolucionaria cuando fundaron el Partido Comunista de Alemania en diciembre de 1918. Pero para entonces la revolución ya había estallado, y los revolucionarios sufrieron un duro golpe con el brutal asesinato de Luxemburgo y Karl Liebknecht, menos de un mes después.

La tragedia de la Revolución Alemana se ha repetido muchas veces. La inspiradora ola revolucionaria que barrió Europa al final de la Segunda Guerra Mundial podría haber cambiado fundamentalmente el curso de la historia, pero fue deliberadamente bloqueada y desviada hacia canales «seguros» por sus propios líderes.

Incluso en Estados Unidos, la mayor potencia imperialista del planeta, si se hubiera construido un partido comunista revolucionario de tamaño considerable durante los tumultuosos años de la década de 1960, el capitalismo podría haber sido derrocado.

Entre 2019 y 2021, los trabajadores y los jóvenes de Sudán tuvieron el poder al alcance de la mano. El hecho de que no lo aprovecharan se debe únicamente a sus líderes, que frenaron constantemente el movimiento para mantenerlo dentro de los límites de una transición gradual y pacífica hacia la democracia, una transición que estaba completamente descartada por la naturaleza del capitalismo sudanés.

No podemos evitar recordar la Guerra Civil Española de la década de 1930. Las masas españolas podrían haber tomado el poder en numerosas ocasiones, pero sus partidos las frenaron en nombre del «orden». El resultado fue un horror inimaginable, como el que se vive hoy en Sudán.

El dilema histórico del «socialismo o la barbarie» se resuelve así en la cuestión política práctica del *partido revolucionario*.

NO HAY TIEMPO QUE PERDER

La barbarie no es solo una perspectiva de futuro, sino que se está extendiendo ahora mismo. Pero eso no es motivo para abandonar la esperanza.

Volviendo a la profunda afirmación de Marx que «La humanidad, por lo tanto, solo se plantea tareas que es capaz de resolver», el potencial para un partido revolucionario mundial de la clase trabajadora existe en todas partes. De hecho, nunca ha sido mayor.

A escala mundial, la clase obrera nunca ha sido tan fuerte. Mientras tanto, en la mayor parte del mundo, la clase dominante es la más débil que ha sido en décadas, y toda una generación se está radicalizando bajo la bandera de las «revoluciones de la Generación Z».

La clase obrera y las masas oprimidas del mundo no permitirán que la clase dominante nos arrastre al infierno sin luchar, lo que eclipsará todas las revoluciones del pasado.

Las tareas de los marxistas hoy en día son organizarse; llegar a la capa más avanzada de los trabajadores y los jóvenes; construir partidos de miles de revolucionarios comunistas acerados, preparados y capaces de conectar con la lucha de las masas durante las titánicas luchas que se avecinan; y, por último, liderar el camino hacia la toma del poder por parte de la clase trabajadora.

Si la historia nos ha enseñado algo, es que esta tarea no será fácil ni sencilla. Pero no hay causa más grande en la tierra.

Sudán nos ha mostrado lo que está en juego. Avancemos, plenamente conscientes de los retos que se avecinan y doblemente decididos a derribar todos los obstáculos que se interpongan en nuestro camino. ■



¡ÚNETE A LA ICR!
INTERNACIONAL COMUNISTA REVOLUCIONARIA
americasocialista.org/contactenos

SUDÁN

DE LA REVOLUCIÓN A LA BARBARIE

La Revolución Sudanesa de 2018-21 fue uno de los movimientos de masas más poderosos de lo que va de siglo. En este artículo, **Thomas Soud** explora los antecedentes de la revolución, su increíble potencial y cómo fue derrotada, lo que condujo a la barbarie que vemos hoy en día en la región.

La contrarrevolución ha sumido a Sudán en las profundidades de la barbarie.

En 2019, los trabajadores tenían el poder en sus manos, pero los líderes reformistas los traicionaron y devolvieron el poder al régimen. En 2022, la revolución se había perdido.

Un año después, los verdugos de la revolución se enfrentaron entre sí, cada uno respaldado por una constelación de diferentes potencias extranjeras. Ahora han devastado Jartum, han lanzado un genocidio en Darfur, y han desatado la hambruna más catastrófica del mundo en 40 años.

Hasta la fecha, al menos 400.000 personas han sido masacradas, 4 millones han huido del país y otras 7 millones han sido desplazadas internamente. Más de 30 millones necesitan ayuda humanitaria, de las cuales 6,3 millones se enfrentan a niveles extremos de inanición. Dos años y medio de guerra han dividido al país en dos.

Socialismo o barbarie no es una frase vacía, sino exactamente la perspectiva a la que se enfrentaba Sudán en 2019. Los revolucionarios deben absorber las lecciones de Sudán para prepararse para futuras batallas.





De la «Revolución del 6 de abril» de (Mister Jiff)

Opuesto: Tren que lleva a personas a la sentada en Jartum, 17 de agosto de 2019 (Osama Elfaki)

EL CAPITALISMO SUDANÉS

Los británicos conquistaron Sudán en 1898 y, mediante una ocupación brutal, se propusieron transformar la economía sudanesa. Antes de los británicos, el capitalismo era inexistente en Sudán. A través de su dominio, los campesinos de subsistencia del país fueron incorporados al mercado mundial, cultivando algodón y otros productos agrícolas en el fértil valle del Nilo.

Aunque la industria seguía ausente fuera de la capital, Jartum, el mercado mundial impulsó la construcción de ferrocarriles que atravesaban el desierto. En 1950, el sector ferroviario empleaba a 100.000 trabajadores, 10.000 de los cuales trabajaban solo en la oficina central de Atbara. En estas condiciones, los trabajadores ferroviarios fueron los primeros en sindicalizarse en 1949, tres años después de la fundación del Partido Comunista Sudanés.

El capitalismo británico dominaba la economía sudanesa. Los británicos controlaban los ferrocarriles, las industrias que procesaban las exportaciones agrícolas en bruto y el sistema bancario. La clase capitalista sudanesa nativa era prácticamente inexistente. Para estabilizar su dominio, los británicos emprendieron la construcción artificial de dicha clase. Abrieron las primeras escuelas de Sudán y, siguiendo un patrón observado en todo el imperio, cultivaron una burguesía compradora, una clase totalmente dependiente del imperialismo y carente de una base económica o política independiente.

Esta burguesía sudanesa era tan débil y endeble que, cuando el primer gobierno democrático burgués llegó al poder tras la independencia en 1956, pronto invitó al ejército a tomar el control para estabilizar el país. La dominación imperialista significaba que la mayor parte de la limitada infraestructura industrial estaba controlada directamente por los británicos o indirectamente a través de su control de las finanzas.

Esto frenó el desarrollo de una burguesía independiente, pero al mismo tiempo amplificó la fuerza relativa del proletariado, que tenía el potencial de llevar a las masas a la conquista del poder. Este proceso distaba mucho de ser único. Se alineaba con la teoría de la revolución permanente, articulada por Trotski en 1906 en referencia a Rusia. Según esta teoría, la burguesía de los países con un desarrollo capitalista tardío no puede desempeñar un papel progresista. Esto se confirmó plenamente en Sudán.

El país tuvo tres gobiernos democráticos burgueses: 1956-1958, 1964-1969 y 1985-1989. En cada caso, la burguesía era débil, estaba dividida, era corrupta y temía a la clase obrera. Cada período terminó en una dictadura militar.

En los tres casos, la clase obrera podría haber tomado el poder. Fueron los trabajadores sudaneses, mediante huelgas generales masivas, quienes derrocaron al ejército en la Revolución de Octubre de 1964. El golpe de Estado de 1969, liderado por el coronel Nimeiri, fue impulsado por el descontento de los «oficiales libres» pequeñoburgueses, que se hicieron eco del ejemplo de Nasser en Egipto y buscaron el liderazgo de la Unión Soviética. Y una vez más, fue la clase obrera la que derrocó a Nimeiri en 1985, cuando su régimen degeneró en una dictadura islamista.

El papel del Partido Comunista Sudanés (PCS) debería haber sido el mismo que el de los bolcheviques en 1917: mostrar a las masas que el capitalismo no ofrece ninguna solución y que solo la toma del poder por parte de la clase obrera, en alianza con el campesinado, podía ofrecer un camino a seguir. Pero el PCS fracasó en esta tarea histórica.

A finales de la década de 1960, el SCP se había convertido en el segundo partido comunista más grande de África, con más de 10.000 miembros disciplinados. Dirigía tanto los sindicatos como el movimiento estudiantil. Sin embargo, este enorme potencial se desperdició debido a las limitaciones de la teoría estalinista.

Bajo la guía de la burocracia soviética, el SCP se adhirió a la «teoría de las dos etapas» de la revolución, inspirada en los mencheviques, que afirmaba que la revolución en Sudán solo podía ser de naturaleza democrática burguesa. Por lo tanto, se ordenó a los comunistas que se limitaran a ayudar a una burguesía «progresista» a llegar al poder. Algunos miembros del partido incluso se identificaron como «capitalistas revolucionarios» y formaron un ala burguesa declarada.

Como resultado, el partido se resquebrajó bajo los golpes de los acontecimientos. Su participación en el gobierno de 1964 provocó divisiones internas. El ascenso de Nimeiri en 1969 causó otra ruptura. El fallido golpe de Estado comunista de 1971 destrozó lo que quedaba.

En el momento de la revolución de 1985, el SCP estaba desacreditado. Su incapacidad para liderar, agravada por el retroceso global del movimiento obrero, permitió a la dictadura de Omar Al-Bashir consolidar el poder durante los siguientes 30 años, reduciendo al partido a un grupo marginal y envejecido.

Cuando estalló la «Revolución Gloriosa» de 2019, el papel limitado que desempeñó el SCP no se debió al apoyo masivo, sino a una pequeña capa de líderes veteranos, que rápidamente lograron maniobrar para ocupar posiciones influyentes en el movimiento utilizando sus conexiones anteriores, más que a una influencia real entre la juventud revolucionaria.

EL RÉGIMEN DE AL-BASHIR

El golpe de Estado de Al-Bashir en 1989 supuso la victoria de la contrarrevolución, poniendo fin a la revolución de 1985. Se produjo una reacción oscura cuando Al-Bashir gobernó junto a los islamistas. Los sindicatos se vieron obligados a pasar a la clandestinidad, los precios se dispararon y el salario mínimo se redujo drásticamente.

Al-Bashir comprendió que, a pesar de la inmensa derrota que habían sufrido los trabajadores en 1989, el gobierno por la fuerza no era suficiente para mantener su régimen. Con el tiempo, aunque pudiera llevar una generación, la clase obrera recuperaría su fuerza, el régimen se dividiría y su poder se tambalearía. La situación de Al-Bashir era precaria, pero el aumento de los precios del petróleo le ofrecía margen de maniobra.

A finales de la década de 1990, el auge del petróleo permitió una rápida expansión del gasto público. Algunas partes de Jartum comenzaron a parecerse a Dubái, ya que surgieron enormes proyectos de infraestructura en toda la ciudad. Entre 1999 y 2013, el presupuesto del gobierno se multiplicó por trece. Se concedieron enormes subsidios alimentarios a los trabajadores y campesinos, mientras que el ejército se veía colmado de riquezas. Al-Bashir se incluyó a sí mismo en esto, presuntamente desviando 9000 millones de dólares a su cuenta personal en 2019.

Al mismo tiempo, siguió avivando las tensiones étnicas en el oeste, especialmente en Darfur, lo que condujo al genocidio de 2005, en el que más de 300.000 personas fueron masacradas. Los autores fueron los Janjaweed, también conocidos como los «diablos a caballo». En 2013, esta milicia genocida se organizó en las Fuerzas de Apoyo Rápido (RSF): una milicia paramilitar creada específicamente por Al-Bashir para protegerse de un golpe de Estado. Al equilibrar las Fuerzas Armadas Sudanesas (SAF) oficiales y las RSF, creía que su gobierno estaría seguro.

Estas creencias eran erróneas. En 2011, Sudán del Sur, con el respaldo del imperialismo estadounidense, logró la independencia. Estados Unidos tenía una relación tensa con Al-Bashir.

La independencia nacional no trajo la liberación al sur. En cambio, las divisiones étnicas y la injerencia imperialista allanaron el camino para la guerra civil de Sudán del Sur. Entre 2013 y 2020, 400.000 personas fueron asesinadas.

En 2013, al desaparecer los ingresos petroleros de Sudán del Sur, Al-Bashir inició una campaña de austeridad. Se recortaron los subsidios al combustible, lo que duplicó los precios de la noche a la mañana. Aprovechando la ola de la Primavera Árabe, las masas sudanesas tomaron las calles. Al-Bashir mostró inmediatamente su crueldad, masacrando a 200 personas en un intento por mantener su poder. Con los partidos de la oposición sin jugar ningún papel, aterrorizados por el régimen y sin un programa político para resolver la profunda crisis de Sudán tras un siglo de saqueo imperialista, el movimiento se vio temporalmente intimidado.

La derrota temporal del movimiento en 2013 coincidió con el descubrimiento de vastas reservas de oro en Darfur. Por un momento, pareció que el régimen se estabilizaría. El oro se convirtió rápidamente en la principal exportación del país y se utilizó para mantener los cuantiosos pagos a los ejércitos y los limitados subsidios a la clase trabajadora.

Pero el oro sudanés se convirtió en un cáliz envenenado. La gran mayoría se encontraba muy cerca de la superficie y se extendía por una amplia zona. En lugar de fomentar una producción altamente centralizada financiada por grandes monopolios y el gobierno central, la producción de oro desarrolló un gran número de pequeñas minas artesanales. Estas estaban controladas por diversos líderes tribales, con grupos mercenarios que imponían las condiciones más horribles. El resultado fue que el gobierno central no pudo enriquecerse fácilmente. Se estima que el 50 % de la producción de oro se saca ilegalmente de Sudán.

Fue a través del oro manchado de sangre de Darfur que la RSF se transformó en una poderosa organización. Comerciante de oro, contrabandista, guardia fronterizo y milicia contrarrevolucionaria, todo en uno, comenzó a enfrentarse con las Fuerzas Armadas Sudanesas (SAF) oficiales. Al-Bashir había logrado mantener el equilibrio entre estos dos cuerpos armados, pero se le estaban agotando las opciones.

El petróleo del sur había sido cortado, el oro del oeste rara vez llegaba a Jartum y la economía mundial tropezaba de una crisis a otra. En 2016, la economía estaba en caída libre: el PIB per cápita cayó un 31



«Bashir debe irse», poster de diciembre de 2018

Opuesto: De la sentada en el cuartel general militar en Jartum, abril de 2019 (© Duha Mohammed)

%, la inflación subió al 122 % y el gobierno acudió con el sombrero en la mano al FMI. El FMI accedió a rescatar a Sudán, pero solo si se ponía fin a los subsidios para los productos básicos; en otras palabras, la crisis debía recaer sobre la clase trabajadora. El Gobierno accedió.

El desempleo aumentó hasta el 20 %. Con la eliminación de los subsidios, el precio del pan se triplicó y el 45 % de la población se encontraba ahora por debajo del umbral de la pobreza. Todo ello mientras el ejército, como parte de la estrategia de Al-Bashir para blindar el golpe de Estado, se deslumbraba con el lujo y consumía hasta el 70 % de los ingresos del Gobierno.

Fueron estas condiciones las que convencieron a un pequeño número de manifestantes para salir a las calles en diciembre de 2018. Ellos fueron la chispa que encendió la llama.

COMIENZA LA REVOLUCIÓN

El 13 de diciembre de 2018, varias docenas de manifestantes marcharon valientemente en la ciudad de Ad-Damazin para exigir que se restablecieran los subsidios al pan. Estaban bajo el liderazgo de la Asociación de Profesionales Sudaneses (SPA), una pequeña coalición de seis sindicatos de cuello blanco. En menos de un año, se convertirían en el organismo rector de la Revolución Sudanesa.

Inmediatamente, los manifestantes fueron detenidos y el sindicato de médicos, como parte de la SPA, convocó nuevas protestas. El 19 de diciembre, los trabajadores ajenos a la SPA en Atbara se sumaron a la convocatoria y salieron a la calle

para mostrar su apoyo. Marchando bajo el símbolo del pan, gritaron «¡Abajo el gobierno de los ladrones!»[1] y quemaron la sede del partido de Al-Bashir en la ciudad. Una vez disparada la primera salva, estallaron manifestaciones en todo el país.

El movimiento de las masas sacudió a los partidos de la oposición. Desde 2005, la dictadura había ampliado ligeramente las libertades políticas. Sin embargo, en lugar de utilizar este espacio para desafiar al régimen, los partidos liberales se acomodaron a él. Mientras tanto, el Partido Comunista, aún aferrado a la «teoría de las dos etapas», siguió los pasos de los liberales.

Cuando surgieron protestas espontáneas lideradas por jóvenes en 2012 y 2013, la oposición no jugó ningún papel decisivo. Entre los jóvenes, estos partidos eran descritos como «sin esperanza y seniles». Ahora los acontecimientos amenazaban con dejarlos completamente irrelevantes.

Así, el 1 de enero de 2019, decidieron unirse a la SPA en una amplia coalición llamada Fuerzas por la Libertad y el Cambio (FFC). Esta coalición incluía a todos los que no formaban parte directamente del régimen, desde el Partido Comunista hasta los liberales, pasando por los islamistas descontentos de Darfur.

A pesar de que la SPA era la fuerza más grande, fue la facción burguesa de la FFC la que llegó a dominarla. Los líderes de la FFC, como el ex primer ministro y aristócrata Sadiq Al-Mahdi, o el favorito de las grandes empresas Al-Digair, no se encontraban en las calles en la primavera de 2019, sino en las salas de juntas y los palacios de todo el mundo árabe.

El programa de la FFC era vago y amplio, y se limitaba únicamente a aquellas demandas que serían aceptables para la clase capitalista. Pedían un gobierno de transición que garantizara la paz, la democracia, la justicia, los derechos de las mujeres y el desarrollo económico. Sin embargo, la impotencia de esta coalición se hizo evidente en su incapacidad para ponerse de acuerdo sobre demandas concretas, incluso la cuestión de la derogación de la ley sharia quedó sin resolver.

Mientras los líderes de la revolución se ocupaban de construir esta coalición, Al-Bashir no perdió el tiempo. El 17 de enero, las fuerzas de seguridad del Estado fueron enviadas a aterrorizar a las masas.

La policía agarró a los manifestantes y les golpeó la cabeza contra el pavimento. No importaba si eran hombres, mujeres, niños o ancianos: el régimen no discriminaba. Las fuerzas de seguridad lanzaron gases lacrimógenos a los fieles fuera de las mezquitas y, cuando un médico intentó prestarles asistencia de urgencia, le dispararon en plena calle. Pero el movimiento siguió creciendo. Cinco mil personas acudieron al funeral de los asesinados y los cánticos de «¡Abajo! ¡Abajo! ¡Abajo!» resonaron en Jartum.

Al-Bashir prohibió las manifestaciones, pero eso no impidió que siguieran creciendo. Las masas habían perdido el miedo al Gobierno.

Las mujeres de Sudán lideraron el movimiento, constituyendo hasta el 70 % de los manifestantes, ya que eran ellas las que habían soportado el peso del régimen. Cada año, entre 40.000 y 50.000 mujeres eran detenidas y azotadas por llevar ropa «obscena», lo que incluía el hecho de llevar pantalones.

El 8 de marzo, Día Internacional de la Mujer Trabajadora, las mujeres de Sudán recordaron al mundo sus verdaderas tradiciones revolucionarias. Decenas de miles de mujeres marcharon coreando «¡Mujeres, sed fuertes!» y «¡Esta revolución es una revolución de mujeres!». Se concentraron ante la principal prisión de mujeres de Jartum y obligaron al régimen a liberar a todas las detenidas que habían sido arrestadas por participar en la revolución.

Esta victoria llenó de confianza a los trabajadores de todo el país. A finales de marzo, 15 de las 18 provincias de Sudán estaban viviendo protestas masivas, ya que todos los sectores de las masas trabajadoras y oprimidas se unieron a la lucha.

LA CAÍDA DE AL-BASHIR

Mientras la revolución se extendía por todo el país, la SPA se había posicionado firmemente a favor de la caída de Al-Bashir. Convocaron un movimiento masivo el 6 de abril para marchar hacia el complejo militar de Jartum.

La mañana del 6 de abril comenzó con un goteo. Algunos manifestantes dudaban de cuántos acudirían, pero a medida que avanzaba el día, más trabajadores salieron a las calles. Cuando la marcha se acercó al complejo militar, se calcula que se habían sumado 800.000 personas. Inspirada por la revolución egipcia de 2011 y la emblemática ocupación de la plaza Tahrir, la SPA convocó una sentada masiva hasta la caída del régimen:

> «En este momento histórico, les instamos a que mantengan el rumbo en las calles que rodean el cuartel general de las Fuerzas Armadas y en todos los lugares del país hasta que la tiranía sea desmantelada de una vez por todas».[2]



A través de la sentada, los revolucionarios crearon una ciudad dentro de la ciudad, bloqueando al Gobierno dentro de sus palacios. El tráfico se paralizó y las masas se regocijaron. Una pancarta decía: «Disculpen el retraso [del tráfico]. Desarraigando un régimen».[3]

El régimen se enfrentaba ahora a una elección: reformar para apaciguar el movimiento o reprimir para aplastarlo. Al-Bashir decidió que era necesaria la fuerza más brutal. En la mañana del 10 de abril, comenzó a preparar a las RSF para masacrar a las masas. Su principal clérigo estaba a punto de emitir una fatwa para decir que era permisible matar al 30 % de los manifestantes para restaurar el orden.

Pero esa mañana, el resto del régimen se echó atrás. Sabían que el poder se les estaba escapando de las manos y pasando a la calle. Sentían que el propio ejército se estaba resquebrajando a medida que la fraternización entre manifestantes y soldados crecía día a día. Quizás el gobierno podría ordenar la masacre del 30 % de los revolucionarios, pero temían que fuera su última orden.

Reconociendo el cambio en el equilibrio de poder, el vicepresidente Ibn Auf se reunió con generales de alto rango tanto de las RSF como de las SAF, y juntos decidieron que Al-Bashir debía irse.

El vicepresidente anunció al país que los 30 años de gobierno de Al-Bashir habían llegado a su fin.

Se autoproclamó nuevo jefe de Estado y anunció que los militares gobernarían durante dos años hasta que se celebraran elecciones democráticas. Exigió que se disolviera el campamento y que se impusiera un toque de queda militar para hacer cumplir esta orden.

Las masas no lo aceptaron. El día anterior, el 9 de abril, habían exigido «Caída, eso es todo», así que el 10 de abril corearon «¡Caída otra vez!». El toque de queda fue simplemente ignorado. La situación real del poder era evidente para todos. El nuevo presidente no aportó ni una pizca de estabilidad adicional. Así que el 11 de abril, los generales volvieron a actuar. El nuevo presidente fue destituido y el Consejo Militar de Transición, una alianza entre las Fuerzas Armadas de Sudán y las Fuerzas de Resistencia Popular, tomó el control.

Dos dictadores habían sido derrocados en 24 horas. El poder había estado en las calles, pero la SPA había permitido que los generales lo recuperaran. La cara había cambiado dos veces, pero el régimen seguía en pie. ¿Por qué las masas no habían sido capaces de tomar el poder en sus propias manos? ¿Por qué sus líderes no habían sabido aprovechar el momento?

Para responder a esta pregunta, primero debemos analizar los diferentes grupos que componían la revolución sudanesa. En el lado de la reacción, los principales protagonistas eran las RSF y las SAF. En el lado de la revolución se encontraban la FFC, la SPA y las organizaciones espontáneas de los trabajadores.

UN ESTADO OBRERO EN EMBRIONARIO

El corazón palpitante de la revolución fue la sentada de los trabajadores frente al complejo militar. Duraría desde el 6 de abril hasta el 3 de junio de 2019.

Dentro de la sentada, se organizaron aulas para enseñar ideas políticas y los objetivos de la revolución. Las cocinas comunitarias proporcionaban comidas, suministradas por trabajadores externos que garantizaban entregas regulares de alimentos. Se organizaron estaciones de agua por todo el recinto.

La sentada fue un palacio de animado debate político. Se pronunciaron discursos a lo largo del día mientras la gente discutía los siguientes pasos a seguir. Se instaló una pantalla de televisión gigante en la que se mostraban mensajes de solidaridad internacional. Por la noche, la misma pantalla mostraba los últimos partidos de fútbol. Los tambores, la poesía y la música estaban siempre presentes, mientras los artistas pintaban murales en las paredes.

La clase dominante siempre busca mantener el control mediante tácticas de divide y vencerás. El sexismo, el racismo y las divisiones sectarias son parte integrante del dominio capitalista. Pero la lucha de clases tiene el poder de superar estas divisiones. Dentro del campamento, las mujeres podían caminar libremente sin velo y mezclarse con hombres de su edad, algo totalmente prohibido por el gobierno. Las divisiones religiosas que habían desgarrado Sudán se estaban superando. Los coptos cristianos sostenían telas sobre los musulmanes que rezaban para protegerlos del sol del mediodía. Y cuando el gobierno intentó avivar la división difundiendo propaganda racista sobre los darfurianos, los revolucionarios respondieron:

> «Al-Bashir, racista arrogante, todos somos Darfur».[4]

La sentada demostró en la práctica que, cuando se les da la oportunidad, los trabajadores pueden superar las ideas retrógradas y reaccionarias que la clase dominante inculca en la sociedad. Se convirtió en un crisol cultural, que ofrecía una visión de lo que se podría lograr si los trabajadores tuvieran el poder en sus manos.

La sentada fue organizada espontáneamente por los trabajadores. Surgieron una serie de comités elegidos para gestionar la vida cotidiana. El Comité de Protección supervisaba la seguridad, instalaba barricadas y controlaba los puestos de control. El Comité de Provisiones coordinaba la comida y la bebida. El Comité Médico atendía a los heridos. Los



Comités de Concienciación educaban a los participantes en política e intentaban abordar conscientemente cuestiones como la discriminación. Por último, el Comité Organizador supervisaba a todos los demás y gestionaba la distribución de los miembros.

La organización era tan eficaz que, dentro de la zona controlada por la sentada, las calles estaban limpias, bien gestionadas y ordenadas. Mientras tanto, las que seguían controladas por el gobierno permanecían en decadencia, llenas de basura. El entusiasmo, la creatividad y la audacia de los trabajadores superaron todos los retos a los que se enfrentaron.

La sentada era el corazón palpitante de la revolución, pero la revolución tenía arterias, venas y capilares. Estos eran los Comités de Resistencia Vecinal. Cada comité organizaba a los trabajadores a nivel local. Se elegían democráticamente, con



Dentro de la sentada, abril de 2019 (© Duha Mohammed)

entre 40 y 50 personas en cada uno, y entre 7 y 10 comités por barrio.

Surgió inicialmente como organizadores de protestas locales, una tarea esencial una vez bloqueadas las redes sociales. Los miembros de los Comités de Resistencia iban puerta por puerta informando a los trabajadores de las próximas manifestaciones. A medida que se intensificaba la represión, los métodos tradicionales de reunión se volvieron peligrosos, por lo que colaboraban con tiendas y hogares locales para permitir que los manifestantes se escondieran en cuartos traseros antes de la marcha. Luego, a la señal de un tambor, los manifestantes inundaban las calles, abrumando a las fuerzas de seguridad.

A medida que la revolución se desarrollaba y los trabajadores ganaban confianza, las responsabilidades de los comités se ampliaron. Comenzaron a regular el precio del transporte público, a organizar la distribución de combustible y a establecer mercados de comestibles donde se vendían alimentos a precio de costo. Organizaron limpiezas de calles, proyectos de construcción y otras iniciativas locales, recaudando fondos de los residentes. La escala era enorme. Solo en Jartum había 700 comités y más de 3000 en todo el país.

Lo que representaban las sentadas y los comités de resistencia vecinal era el poder obrero en estado embrionario. Llámalos comités, llámalos comunas, llámalos soviets («consejos» en ruso), da igual. Eran las masas tomando el poder en sus propias manos, subiendo al escenario de la historia para decidir su destino, luchando por dar a luz una nueva sociedad. No se limite a creer en la palabra de los marxistas. Un escritor particularmente consciente de la clase social para el *Financial Times*, un portavoz burgués, escribió:

> «No se puede saber con certeza cómo se sintió Rusia en 1917 cuando el zar fue derrocado, o Francia en 1871 en los días embriagadores e idealistas de la efímera Comuna de París. Pero debe haber sido algo parecido a lo que se sintió en Jartum en abril de 2019».[5]

La situación que se estaba gestando en Sudán era de «doble poder», en la que el Estado burgués se enfrentaba a órganos emergentes de poder obrero, capaces de tomar el control de la sociedad. Pero este poder obrero emergente se encontraba solo en una fase embrionaria.

No se hizo un llamamiento a la unión de los Comités de Resistencia Vecinal. La SPA, que fetichizaba el horizontalismo, se opuso activamente. No comprendieron que una situación de doble poder es algo



Dentro de la sentada, abril de 2019
(© Duha Mohammed)

Opuesto: Cartucho de gas lacrimógeno usado que fue disparado contra los manifestantes, 17 de enero de 2019
(© Duha Mohammed)

muy frágil. No puede mantenerse indefinidamente. O bien los trabajadores reúnen sus fuerzas, aplastan al Estado burgués y se convierten en el poder soberano de la sociedad, o bien la iniciativa pasa a la contrarrevolución.

En la sentada, nunca se escuchó la consigna «Todo el poder para los Comités de Resistencia»; la idea de derrocar al Estado capitalista y utilizarlos como base para un Estado obrero nunca salió de los labios de ninguno de los partidos implicados.

No sería hasta 2022 cuando se producirían los primeros y débiles intentos de unir a los Comités de Resistencia. Mucho antes de eso, los contrarrevolucionarios habían reducido la sentada a cenizas.

UNA DIRECCIÓN PEQUEÑOBURGUESA

Debido a la mansedumbre de la oposición política, la ira hirviente de las masas no encontró expresión política. En el frente industrial, los sindicatos tradicionales habían sido completamente cooptados por el régimen militar. Por lo tanto, las capas más militantes tuvieron que encontrar nuevas organizaciones de lucha.

La SPA era uno de estos grupos pequeños, pero militantes. Con raíces en el movimiento de 2012, el SPA se fundó oficialmente en el verano de 2018 como una coalición clandestina de seis sindicatos: abogados, médicos, profesores, ingenieros y maestros.

Cuando estalló la lucha en 2018, el SPA mostró una tenacidad considerable, negándose a ceder ante la represión estatal, lo que aumentó su autoridad política a los ojos de las masas. De este modo, la SPA se convirtió en el liderazgo indiscutible *de facto* de las primeras etapas de la revolución.

Las filas de la SPA contaban con muchos militantes decididos y abnegados, pero cuanto más se ascendía, más se convertía en una organización de cuello blanco y clase media. Esto se reflejaba en la perspectiva y los métodos de la dirección de la organización. Se organizaba intencionadamente sobre la base del consenso, con una estructura «sin líderes» que significaba que cualquier diferencia importante simplemente quedaba sin resolver. Como en cualquier organización «sin líderes», las capas que dominaban eran las que disponían de más tiempo y recursos, es decir, las más burguesas.

La perspectiva reformista y pequeñoburguesa de la dirección del SPA desempeñaría un papel fatal. Al aceptar completamente la necesidad del capitalismo sudanés, aceptaba también la necesidad del Estado burgués. En Sudán, esto significaba aceptar el poder del ejército, que era parte integrante tanto del Estado como de la clase dominante.

Por lo tanto, a diferencia de las masas, la dirección del SPA se vio invadida por el pesimismo desde el principio. Creían firmemente que la revolución fracasaría y, en entrevistas concedidas hasta marzo de 2019, hablaban de la poca esperanza que tenían de que las protestas derrocaran a Al-Bashir.

Su política de consenso significaba que solo se adoptaba una posición cuando era obvia para todos. No se trataba de una dirección que guiara el movimiento hacia adelante, sino que lo seguía.

Este liderazgo consensuado se volvió más tenso a medida que la revolución se intensificaba. En la izquierda, nuevas fuerzas, despertadas por la revolución, se unieron a las filas de la SPA. Mientras tanto, los antiguos líderes que habían estado en prisión o en el exilio regresaban a medida que avanzaba la revolución. Pero estos eran los sectores más burgueses y chocaban con los líderes en la sombra que realmente habían liderado la revolución de diciembre a abril.

El ala derecha de la SPA incluso exigió que dejara de desempeñar cualquier tipo de papel dirigente en la revolución. Decían: «Somos sindicalistas, no políticos», y que debía ser derecho de los partidos políticos decidir el camino a seguir. Esta posición solo puede comprenderse una vez que se comprende que muchos

de los que la defendían eran miembros de otros partidos políticos, que saldrían ganando si la SPA renunciaba a su papel político dirigente.

El problema era que había algo de verdad en las críticas de la derecha. Si la SPA desempeñaba un papel político de liderazgo, no podía limitarse a ser un mero sindicato. Se necesitaba un partido político, con su propio programa político sobre cómo reestructurar la sociedad.

El sindicalismo, la idea de que la clase obrera no necesita un partido político, ha sido desacreditado una y otra vez. El derrocamiento del poder estatal es político. La creación de un Estado obrero y el programa que debe llevar a cabo son los actos más políticos que existen. Al no romper completamente con estos métodos, el SPA obstaculizó la revolución más a menudo de lo que la lideró.

Una vez que Al-Bashir cayó el 10 de abril, el SPA se quedó desconcertado y no supo qué hacer a continuación. En lugar de pedir inmediatamente a los Comités de Resistencia que asumieran el poder, a las tropas rasas del ejército que rompieran con los generales y los destituyeran, y a las huelgas generales masivas que lo hicieran realidad, los dirigentes dudaron y debatieron entre ellos.

Mientras tanto, los generales no perdieron tiempo. Las Fuerzas Armadas de Sudán y las Fuerzas de Reserva de Sudán tomaron el poder en las calles y continuaron con el antiguo régimen con solo dos figuras emblemáticas perdidas. En lugar de pedir su derrocamiento, el SPA dijo que debíamos negociar con quienes acababan de arrebatar el poder a las masas.

La lógica de intentar separar la política de la lucha industrial y de masas, combinada con la creación de un amplio consenso, condujo directamente a los errores de la política del «Frente Popular». Aunque no se entendió necesariamente de forma consciente, la creación de las Fuerzas por la Libertad y el Cambio (FFC) fue un eco del desastroso «Frente Popular» de la República Española en la década de 1930.

La idea del Frente Popular es que los trabajadores deben unirse a la burguesía «progresista» para lograr y defender los logros de la democracia liberal. Esta táctica fue un completo fracaso en la década de 1930, fue un fracaso en Sudán en la década de 1960 y volvería a serlo en 2019.

La FFC abarcaba desde el SPA hasta el Partido Comunista, pasando por los liberales y los islamistas disidentes. El único factor de unión era que Al-Bashir debía caer; una vez logrado esto, comenzó a descomponerse en sus partes componentes.

La FFC negoció en secreto con el Consejo Militar de Transición en mayo, a espaldas de las masas. Los liberales mantuvieron la posición de un gobierno conjunto militar y civil, al tiempo que permitieron que se dejaran de lado cuestiones como la opresión de las mujeres y el sufrimiento económico del pueblo. Esto se derivaba de la posición de clase de la burguesía, que luchaba por el orden público, temerosa de que, ahora que el genio de la revolución había salido de la lámpara, no volviera a entrar.

Los militares comprendían las divisiones inherentes mucho mejor que los líderes obreros. Durante toda la revolución, enfrentaron a diferentes sectores de la FFC entre sí y, al hacerlo, mantuvieron su propio dominio. La ausencia de un programa político decisivo y claro en la izquierda acabó por hacer que todo el mundo mirara hacia la derecha.

Las masas miraban hacia la SPA porque no se había construido ninguna otra alternativa política de antemano. La SPA miraba hacia la FFC, alegando que, como no eran políticos, no tenían derecho a liderar. Los líderes pequeñoburgueses de la FFC miraban hacia los liberales y su visión de un Sudán democrático, pero capitalista. Los liberales miraban hacia los conservadores para asegurarse de que la revolución no fuera demasiado lejos y desafiara la propiedad privada. Y los conservadores miraban hacia el Consejo Militar de Transición, que planeaba ahogar toda la revolución en sangre.

EL EJÉRCITO COMIENZA A ROMPERSE

El Consejo Militar de Transición estaba compuesto por dos partes: las Fuerzas Armadas Sudanesas (SAF) y las Fuerzas de Apoyo Rápido (RSF).

Las SAF eran el ejército oficial sudanés bajo el liderazgo del general Al-Burhan. Al-Burhan carecía de carisma natural y era una figura accidental para ser el jefe de Estado *de facto* tras la caída de Al-Bashir. Era un general de pies a cabeza.

Cuando anunció el régimen militar el 11 de abril, no fue el discurso de un político, sino las órdenes ladradas de un sargento instructor.

La mayor debilidad de las SAF era su composición. Los generales eran un componente clave de la clase dominante, pero los soldados rasos eran trabajadores. La misma avalancha de fuerzas sociales que había impulsado a las masas a la acción no podía sino encontrar eco en las filas de las SAF.

La conciencia del ejército no es como la de la policía. Al ejército se le enseña que está defendiendo la nación, dando su vida por el pueblo. Por lo tanto, una vez que los generales les ordenan apuntar con sus armas al pueblo, el ejército puede dividirse en líneas de clase e incluso desintegrarse por completo. Esto fue precisamente lo que ocurrió en 1985 y lo que llevó a la caída de Nimeiri. Ahora se estaba repitiendo el mismo proceso.



Los comités de resistencia vecinales apelaron a los soldados para que desertaran. A los soldados desertores se les daba refugio en casas para esconderse de los oficiales que buscaban venganza. Los comités de resistencia acogían a los soldados desertores como héroes y, a medida que la noticia se difundía entre las filas, cada vez más seguían su ejemplo.

Todas las capas de la revolución ejercían presión sobre el ejército. Cuando un general llegó a casa, descubrió con sorpresa que su hija se había unido a la revolución. Durante la cena, ella le suplicó: «¡No nos dispares, papá!».[6]

Los llamamientos espontáneos de las masas sacudían al ejército de arriba abajo. Los soldados arrestaban a los activistas delante de sus comandantes, los llevaban a un callejón y, tan pronto como estaban fuera de la vista, los liberaban e informaban a sus comandantes de que los revolucionarios habían logrado escapar. Cuando se les pedía que se pusieran en posición, se demoraban y perdían el tiempo, y en algunos casos se negaban rotundamente.

Los generales sabían que una orden clara y decisiva de los líderes de la revolución haría que toda la SAF se desmoronara, ya que los soldados desertarían en masa. Pero esa orden nunca llegó. Las deserciones siguieron siendo un asunto local y espontáneo. La SPA y la FFC no llevaron a cabo una campaña masiva y sistemática entre las bases para desertar y dividir al ejército según criterios de clase. En cambio, intentaron negociar con él.

Aun así, el estado de ánimo dentro de las SAF significaba que no podían utilizarse plenamente como arma de reacción. Para ello, la clase dominante se apoyó en la otra mitad del Consejo Militar de Transición, la RSF.

REACCIÓN NEGRA

La RSF era fundamentalmente una organización mercenaria. Se basaba en

nómadas árabes que sentían que su modo de vida estaba siendo arrinconado a medida que el cambio climático ampliaba las fronteras del Sáhara. Al unirse a la RSF, podían ganar mucho dinero aplicando sin piedad la brutal explotación de las minas de oro recién descubiertas que ahora salpicaban Darfur.

La revolución transformó a la RSF de dos maneras. En primer lugar, las demandas de la revolución (los derechos de las mujeres, los derechos de los trabajadores y la derogación de la ley sharia) no lograron ofrecer ninguna mejora material a la gran mayoría de campesinos y pastores que se enfrentaban a la catástrofe económica y medioambiental que se estaba desarrollando en todo el Sahel oriental. Se necesitaba un programa socialista audaz para aliviar la pobreza de las masas rurales y ganarse su apoyo, pero los liberales de Jartum propusieron la «democracia» y los «derechos humanos» a sectores a los que el propio Estado apenas podía llegar. Los líderes tribales reaccionarios aprovecharon este vacío y azuzaron a sus bases contra la revolución. Mientras que las bases de las Fuerzas Armadas de Sudán fraternizaban con los revolucionarios, las RSF se convirtieron en las tropas de choque endurecidas de la contrarrevolución.

En segundo lugar, su líder, Mohamed Hamdan Dagalo, alias «Hemedti», intuyó que se avecinaba una gran oportunidad. Comenzando como un simple pastor de camellos, había utilizado la RSF para convertirse en uno de los hombres más poderosos del país. Continuamente subestimado por el resto de la clase dominante en Jartum, Hemedti se aseguró su dominio sobre Darfur. A partir de ahí, se ganó el apoyo de la clase dominante gracias a la brutalidad de la RSF, y pronto comenzó a establecer alianzas con diversas potencias extranjeras, como los Emiratos Árabes Unidos, para reforzar aún más su posición.

A partir de 2013, encontró un aliado inesperado en la UE. La UE estaba desesperada por detener el flujo de migrantes procedentes de África Oriental, y Sudán era una ruta de tránsito clave. Hemedti se presentó como «el señor Migración», la única fuerza capaz de controlar la frontera occidental, y la UE lo aceptó sin dudarlo. Cientos de millones de euros fueron a parar a los bolsillos de la RSF durante la década de 2010 como parte de este pacto faustiano. Todavía en 2022, se descubrió que instructores militares italianos estaban entrenando a soldados de la RSF para mantener a los refugiados fuera de Europa.

Los líderes de las Fuerzas Armadas de Sudán despreciaban que su poder y prestigio se vieran ahora amenazados por estos nómadas tribales. Pero, a pesar del odio ardiente entre los dos grupos, siempre mantuvieron un frente unido para aplastar la revolución.

Fueron la RSF y las Fuerzas Armadas de Sudán las que se aliaron para derrocar a Al-Bashir. Gobernaron conjuntamente, de diversas formas, hasta abril de 2023, cuando finalmente se enfrentaron entre sí.

LA HUELGA GENERAL DE MAYO DE 2019

Así estaban las cosas en abril de 2019: las masas estaban ganando confianza y poder; habían derrocado a Al-Bashir y los Comités de Resistencia Vecinal se estaban extendiendo por todas partes. Esto a pesar de la dirección pequeñoburguesa de la SPA, que se había quedado boquiabierta al lograr la revolución. Afectada por el vértigo, la SPA había formado un frente popular como parte de la FFC, cuyos dirigentes burgueses ya estaban tratando de llegar a un acuerdo con los militares y detener la revolución en seco.

Las SAF y la RSF habían actuado con rapidez tras la caída de Al-Bashir. Crearon el Consejo Militar de Transición y enviaron diferentes propuestas a diferentes partes de la FFC, con el fin de enfrentarlas entre sí.

Esperaban ganar tiempo para consolidar el dominio de la contrarrevolución. El Consejo Militar de Transición incluso acuñó un término para su táctica de



Fraternización entre un manifestante y un soldado de las Fuerzas Armadas de Sudán (SAF), de camino a la sentada, 16 de abril de 2019 (© Ahmed Ali)

retraso: «tagility». Esperaban alargar todo para que la revolución perdiera impulso. Entendían que la sentada no podía durar indefinidamente. A medida que abril se convertía en mayo, el número de manifestantes se redujo de cientos de miles a decenas de miles.

Mientras tanto, la clase dominante orquestó una virulenta campaña de difamación contra el campamento. Afirmaban que en él abundaba la prostitución, que estaba plagado de vendedores de drogas y alcohol, y que se había quebrantado el orden público. Pero lo que se estaba quebrantando era la ley burguesa y el orden burgués. Al amparo de la noche, las RSF acosaban el campamento, maltratando y matando a los trabajadores cuando tenían oportunidad.

El 14 de mayo, el Consejo Militar de Transición anunció que las negociaciones con la FFC habían dado lugar a un acuerdo. Habría un período de transición de tres años de gobierno conjunto militar y civil, seguido de elecciones en las que un tercio de los escaños se reservaría por adelantado para las fuerzas contrarrevolucionarias. Como parte del acuerdo, el consejo militar exigió que se disolviera la sentada.

Los trabajadores estaban furiosos. Se les estaba ordenando que abandonaran por completo la revolución. Bajo la enorme presión de las masas, la SPA denunció el acuerdo al que había capitulado el resto de la FFC y acordó organizar una huelga general masiva de dos días como muestra de fuerza y sentimiento.

El 28 de mayo, Sudán se paralizó.

La SPA desató una huelga que pasará a la historia como una de las demostraciones de fuerza más poderosas de la clase obrera. En la capital, la participación fue de casi el 100 %. En todo el país, no importaba si se trataba de hospitales o refinerías de petróleo, bancos o ministerios gubernamentales, aeropuertos o molinos harineros; todos los sectores se vieron afectados una vez que los trabajadores se movieron de manera decisiva.

La huelga también contó con un enorme apoyo entre los empleados estatales, desde el Banco Central hasta el Departamento de Hacienda y el Ministerio de Trabajo. Esto plantea de forma palpable la cuestión del poder: si las personas que dirigen la maquinaria del Estado responden ante los líderes de la huelga y no ante el Gobierno, ¿quién es entonces el Gobierno?

Un comité de huelga tras otro publicó resoluciones en las que declaraba su voluntad de luchar hasta el final.

El comité de huelga del puerto de sudán declaró:

> «Reafirmamos nuestra disposición y capacidad de respuesta a todas las decisiones de la SPA en el contexto del restablecimiento de la plena autoridad civil y la soberanía, y declaramos nuestra disposición a la desobediencia civil y a una huelga política abierta hasta que se transfiera la autoridad a manos civiles. Y, como hemos dicho anteriormente, las instrucciones están con ustedes y la [acción] está con nosotros».[7]

Los piquetes matutinos se transformaron en manifestaciones masivas por la tarde. La intimidación del Estado resultó ineficaz. La fuerza de los trabajadores parecía imparable.

La RSF intentó reafirmar su control sobre la situación mediante el terror. Asaltaron la compañía eléctrica para intentar acabar con los trabajadores en huelga y arrestar a sus líderes. Pero los trabajadores se adelantaron y dijeron que si llevaban a cabo los arrestos, cortarían toda la electricidad a los edificios y locales de la RSF. Los reaccionarios se vieron obligados a retirarse.

La lección fue clara: ni una rueda gira, ni una bombilla parpadea, ni un teléfono suena sin el amable permiso de la clase obrera. Una vez que esa fuerza se desata por completo, nada puede detenerla.

Pero esa fuerza no se desató por completo. La huelga no formaba parte de una campaña y una estrategia para la destitución forzosa de los líderes militares y de



Soldados de las Fuerzas de Apoyo Rápido (RSF) en una manifestación respaldada por el ejército en Jartum, 29 de junio de (© AP / Alamy)

todo el Estado burgués en el que se apoyaban. En cambio, formaba parte de un llamamiento para convencer a los líderes militares de que dimitieran y de que un gobierno liberal democrático ocupara su lugar. Pero los liberales de la FFC ya habían llegado a un acuerdo. Era precisamente este acuerdo al que se oponían los trabajadores.

La dirección del SPA no presentó un programa político independiente de la clase obrera. En cambio, se mantuvo siempre dentro de los límites de la democracia burguesa, lo que en el caso de Sudán significaba un régimen militar, con una figura civil como mero títere en el mejor de los casos. Los militares lo entendieron; no temían a la FFC, ni a los líderes del SPA. Lo que temían eran las masas, que eran el motor de toda la revolución. La huelga general de mayo no los había derrocado, pero los militares estaban decididos a no dar otra oportunidad a los trabajadores.

EL LÁTIGO DE LA CONTRARREVOLUCIÓN

Los trabajadores se habían atrevido a mostrar su fuerza en mayo; ahora los militares concluyeron que había que darles una lección mediante el terror. La sentada tenía que desaparecer.

Eran las 5 de la mañana del 3 de junio de 2019. Miles de policías y soldados de la RSF se reunieron frente a la sentada. Estaban armados con AK-47, por un lado, y látigos y porras, por otro. Se dio la señal y se desató el terror.

Durante dos horas, la RSF arrasó la sentada. Hombres, mujeres y niños fueron asesinados a sangre fría. Otros fueron azotados hasta la muerte como señal de humillación. Las mujeres fueron violadas sin piedad. A los que estaban al borde de la muerte les ataron piedras y los arrojaron al Nilo. Otros fueron asesinados a machetazos allí mismo.

A las 7 de la mañana, más de 200 revolucionarios habían sido masacrados. El campamento fue rociado con gasolina y reducido a cenizas. El humo se elevaba por encima de Jartum como un claro mensaje para todos de lo que se había llevado a cabo.

Ahora, la RSF se dispersó en motocicletas, sembrando el terror por dondequiera que pasaba. Azotaron a los manifestantes hasta la muerte, saquearon tiendas y quemaron y destrozaron toda la ciudad.

A pesar de las apariencias, el terror no se ejerce sin pensar. Es una estrategia política de la clase dominante para asustar a los trabajadores y someterlos. La clase dominante intenta afirmar a los trabajadores: nosotros somos fuertes, ustedes son débiles, no tienen más remedio que someterse.

Mientras la RSF llevaba el palo en una mano, la SAF llevaba la zanahoria en la otra. La SAF anunció que había suspendido las negociaciones con la FFC. Afirmó que la FFC se había equivocado al aceptar elecciones en cuatro años y que, en su lugar, habría elecciones en nueve meses, para las que comenzarían los preparativos. Su esperanza era que los trabajadores aceptaran ahora una aparente concesión, temiendo los mayores terrores que les esperaban.

Pero los trabajadores no se dejaron intimidar. Salieron a las calles tras las oraciones del viernes 7, exigiendo nada menos que la caída de la junta militar, y muchos corearon consignas a favor de una huelga general. En estas condiciones,

Página opuesta, izquierda: Hemedti en un mitin en Galawee, al norte de Sudán, el 15 de junio de 2019 (© AP / Alamy)

Página opuesta, derecha: Al-Burhan en la ceremonia que marcó el inicio del «gobierno de transición», el 17 de agosto de 2019 (© AP / Alamy)

Abajo: Hemedti (sentado en un camión) rodeado de soldados de las RSF durante un mitin tribal respaldado por el ejército en la provincia del Nilo Oriental, 22 de junio de 2019 (© AP / Alamy)







la SPA rechazó el acuerdo y anunció que organizaría la mayor marcha que Sudán hubiera visto jamás el 30 de junio, exactamente 30 años después de que Al-Bashir tomara el poder.

Con las redes sociales cortadas, los líderes de la SPA recorrieron el país para difundir la noticia de la marcha. Ante la represión de las manifestaciones, se reunieron y trabajaron con los comités locales de resistencia vecinal para organizarse. Las vigilias y los funerales fueron lugares clave para la organización política.

El 9 de junio se convocó una huelga general masiva y, una vez más, los aeropuertos, los bancos, los hospitales y las fábricas dejaron de funcionar. Se convocaron manifestaciones masivas y la gente se declaró en huelga, a pesar del gas lacrimógeno y las balas reales a las que se enfrentaban.

El 30 de junio, un millón de personas se manifestaron. Coreaban: «¡Libertad! ¡Gobierno civil! ¡La revolución acaba de empezar!». «La bala no mata, ¡lo que mata es el silencio!».[8]

El inmenso movimiento de las masas, a pesar de todos los intentos de represión, había detenido la contrarrevolución en seco. El poder y la iniciativa volvían a estar del lado de los revolucionarios. Pero la iniciativa necesita estrategia y liderazgo. Esto seguía faltando.

LA TRAICIÓN DE JULIO

No había ninguna razón por la que el 30 de junio de 2019 no pudiera haber sido el día en que se derrocara al ejército. Una vez más, se presentó la oportunidad de que el poder pasara a manos de los trabajadores.

Sin embargo, el SPA creía firmemente que era necesaria una amplia coalición con los liberales, lo que en la práctica significaba una coalición con el ejército. A lo largo de toda la revolución, los dirigentes de la SPA estaban aterrorizados ante la perspectiva de una guerra civil. Se aferraron al pacifismo en todo momento y acogieron y celebraron el hecho de que los revolucionarios no se armaran, incluso cuando se enfrentaban a la violencia más brutal.

Este llamamiento al pacifismo no era una estrategia para la paz, sino una receta para la derrota y la muerte a una escala aún mayor. Como advertimos en su momento:

> «*Si la revolución se descarrila, las RSF no tendrían ningún reparo en desatar la más sangrienta de las guerras civiles si ello sirviera para mantener en el poder a la élite privilegiada de Sudán*».[9]

Estas palabras resultaron proféticas. El fracaso en derrocar al ejército sentó las bases para la Tercera Guerra Civil Sudanesa, el desastre más sangriento de Sudán hasta la fecha. La violencia no es una política, sino el resultado lógico de la lucha de clases. Si se rechaza la violencia de cualquier tipo y en cualquier momento, se desarma la revolución, permitiendo que las masas sean pisoteadas y asesinadas por la clase dominante. En la etapa decisiva que se estaba alcanzando en Sudán, esto era inexcusable.

Las trivialidades morales eran insuficientes. Lo que se necesitaba era romper el monopolio de la violencia del Estado capitalista, mediante la formación de milicias de defensa obrera por parte de los comités de resistencia. Esas milicias habrían sentado las bases para la transferencia total del poder a la clase trabajadora.

Irónicamente, si los dirigentes hubieran albergado menos ilusiones en el pacifismo, el derramamiento de sangre general se habría reducido casi con toda seguridad. En cambio, su compromiso ideológico con la no violencia sentó las bases para la traición de julio y, en última instancia, para la actual guerra civil.

Esta fetichización del pacifismo no tenía sus raíces en ninguna tradición arraigada de las masas sudanesas.

Más bien, fue cuidadosamente cultivada por los liberales occidentales tras el fallido levantamiento de 2013. ONG como Freedom House y el Instituto Estadounidense de la Paz, instrumentos clave del poder blando de Estados Unidos, trataron de alinearse con los «revolucionarios» liberales. Habiendo perdido gran parte de su influencia en Sudán tras su apoyo a la secesión de Sudán del Sur, Estados Unidos buscaba ahora posicionarse favorablemente con los probables sucesores del régimen.

Durante seis años, organizaciones como Freedom House trabajaron para identificar y formar a líderes emergentes entre las masas. Organizaron talleres centrados en tácticas no violentas e ideales políticos liberales. Los participantes seleccionados fueron enviados al extranjero, cortejados y preparados para ejercer influencia. El objetivo era claro: cultivar una nueva generación de líderes leales al liberalismo y a Occidente. Y dada la completa falta de liderazgo de la izquierda, lo consiguieron. Muchas figuras prominentes dentro de la SPA y la FFC fueron conscientemente moldeadas por el imperialismo estadounidense para convertirse en cuadros liberales.

Al comienzo de la revolución, cuando la SPA debatió si exigir un cambio de régimen o simplemente salarios más altos, fueron estos agentes entrenados en el extranjero los que aseguraron lo segundo. Se convirtieron en los defensores más fervientes del pacifismo y en los oponentes más decididos de la autodefensa de los trabajadores.

Mientras tanto, los imperialistas también ejercieron presión a través de otras vías. Estados Unidos, los Emiratos Árabes Unidos, Gran Bretaña y Arabia Saudita estaban desesperados por poner fin a la ola revolucionaria, temiendo su potencial de extenderse por toda la región. El FFC argumentó que solo un acuerdo de reparto del poder con el ejército podría evitar la guerra civil. Los líderes de la SPA se rindieron y declararon: «No tenemos otra opción [que aceptar el acuerdo]»[10], ya que no veían una salida sin el consentimiento de al menos una parte de la burguesía.

Así, el 9 de julio de 2019, el FFC aceptó la formación de un gobierno «tecnocrático» de transición. Estaría compuesto

por cinco representantes civiles del FFC, cinco oficiales militares y un miembro supuestamente «neutral» que formaría un Consejo Soberano. Esa figura «neutral» resultó ser posteriormente un general del ejército retirado. El propio Consejo estaría presidido por un militar designado, y se celebrarían elecciones en un plazo de tres años.

Seis meses de heroica lucha de la clase obrera sudanesa no dieron más resultado que una superficial reorganización de los que estaban en la cima. Omar al-Bashir fue sustituido por Abdalla Hamdok, un economista liberal, anteriormente empleado por las Naciones Unidas, que hasta ese momento no había jugado ningún papel en la revolución. Pero la maquinaria del Estado capitalista permaneció completamente intacta.

Hamdok gobernaría durante dos años y medio. No logró nada.

HAMDOK: EL LIBERAL IMPOTENTE

Abdalla Hamdok había sido elegido porque parecía complacer a todo el mundo. En su juventud, había sido miembro del Partido Comunista. Pero hacía mucho tiempo que había cambiado su carné del partido por el traje y la corbata de un comisionado de la ONU. Los militares entendieron que Hamdok no representaba ninguna amenaza. Incluso se le consideraba tan dócil que en 2018 Al-Bashir había contemplado la posibilidad de contratarlo como asesor económico.

Las masas celebraron esto como una gran victoria, pero los militares sabían que, aunque Hamdok intentara un cambio más radical, ellos tenían todas las cartas en la mano. Para subrayar este punto, cuando Hamdok llegó a Jartum, los militares se negaron a darle un lugar donde residir.

Como primer ministro, se vio obligado a trabajar desde el departamento de un amigo durante sus primeros meses en el cargo. En cuanto a la economía, Hamdok no era diferente de Al-Bashir. Estaba dispuesto a recortar los subsidios a la clase trabajadora, que consideraba un lastre para la economía, pero no estaba dispuesto a recortar ni un centavo del enorme gasto militar.

Dejó la economía en manos privadas y corruptas de los capitalistas locales e internacionales. Estos permitieron que las colas para conseguir pan se extendieran por Jartum, ya que los operadores eléctricos tuvieron que someter a la ciudad a largos apagones, mientras que los tractores permanecían inactivos en el granero del Nilo, debido a la falta de combustible.

La inflación pronto alcanzó el 363 % y la deuda pública en relación con el PIB superó el 200 %.

En materia de derechos civiles, Hamdok se sometió al ejército. Continuó censurando la prensa, utilizó el aparato estatal para espiar a algunos de los activistas más destacados de la revolución y se negó a investigar la masacre del 3 de junio.

Los Comités de Resistencia seguían representando un desafío potencial, pero estaban cada vez más desmoralizados, y Hamdok los enfrentó hábilmente entre sí. La idea de que los Comités de Resistencia debían funcionar principalmente como órganos de ayuda mutua, en lugar de como instrumentos para construir un nuevo Estado obrero, estaba ganando terreno. Se argumentaba que su función no era sentar las bases del poder obrero, sino las de un nuevo Estado del bienestar.

El gobierno de transición fomentó activamente este cambio de enfoque. Legitimó a los comités como órganos administrativos auxiliares alineados con el Estado. Instó a la población a recurrir a ellos para obtener bienes esenciales (combustible, alimentos y medicinas) especialmente durante la pandemia, que se cobró 16.000 vidas solo en Jartum.

Como resultado, los Comités de Resistencia se vieron desbordados. En lugar de explicar pacientemente el verdadero papel de Hamdok y proponer un programa que lo sustituyera por el control obrero, los revolucionarios más comprometidos se vieron arrastrados al papel de trabajadores de caridad. Lo que en su día habían sido los órganos embrionarios de un Estado obrero se vio empantanado en la lucha diaria por satisfacer las necesidades básicas de una sociedad en colapso. Su potencial revolucionario se fue asfixiando poco a poco mientras intentaban soportar el peso de una catástrofe humanitaria en pleno desarrollo.

El llamado «compromiso» con las Fuerzas Armadas de Sudán y la Fuerza de Resistencia de Sudán había sido una capitulación total, ya que los generales tenían todo el poder en sus manos. Hamdok era una figura impotente al frente de una enorme maquinaria estatal que no controlaba. En el Comité Económico de Crisis, Hamdok, el «doctor en economía», tuvo que permanecer en silencio, mientras que el falsificado camellero Hemedti tomaba todas las decisiones.

Esta impotencia no era producto de la personalidad de Hamdok ni de la inmensa fuerza del ejército, sino que se derivaba directamente de su posición de clase. Los liberales sabían que una lucha decidida para eliminar al ejército y establecer un Estado liberal-democrático solo podría tener éxito movilizando a los trabajadores y a la juventud. Pero la fuerza de las masas no se detendría con el establecimiento de una democracia formal.

Para las masas, la democracia sería ante todo un medio para mejorar sus condiciones. Pero los liberales no podían sacar a los trabajadores precisamente porque Sudán se encontraba en medio de una crisis capitalista de la que no podía escapar. Por lo tanto, a menos que se impidiera, la revolución no se detendría en la democracia liberal, sino que, bajo la presión de las masas, pasaría a atacar la propiedad privada y a la propia clase capitalista. Ataques que solo el ejército podía repeler.

Así pues, la elección para los liberales era la siguiente: establecer una democracia, pero correr el riesgo de quedar pronto por debajo de los trabajadores; o seguir permitiendo que los militares se subieran a sus hombros, les pisotearan con sus botas militares y les permitieran gobernar la sociedad a su antojo, desviando miles de millones en el proceso.

La debilidad de los capitalistas, su incapacidad para hacer avanzar a la sociedad ni un ápice, combinada con la enorme fuerza de los trabajadores, hizo que los capitalistas estuvieran aún más dispuestos a buscar la salvación en un «hombre fuerte» militar.



Hamdok con Macron, 30 de septiembre de 2019 (© AP / Alamy)

Opuesto: De la Marcha de los Millones en Jartum, 30 de noviembre de 2021, en protesta por el golpe de Estado del 25 de octubre (© Duha Mohammed)

EL GOLPE DE ESTADO DE 2021

Habían pasado dos años bajo el mandato de Hamdok y no se había resuelto nada.

Según el acuerdo de julio de 2019, las elecciones debían celebrarse en la primavera de 2022. Pero los militares no estaban dispuestos a arriesgarse a que las masas se impusieran a través de las elecciones. El lunes 25 de octubre de 2021, Al-Burhan, de las Fuerzas Armadas Sudanesas, pidió a Hamdok que se uniera a él como primer ministro de un gobierno reconstituido, que suprimiría las elecciones y situaría firmemente a Sudán bajo una dictadura militar.

Para sorpresa de Al-Burhan, Hamdok se negó. Su idea era que Al-Burhan no completaría el golpe sin el respaldo de Estados Unidos. Durante el fin de semana, el embajador estadounidense le había dicho a Al-Burhan que, si seguía adelante con el golpe, Estados Unidos le retiraría 700 millones de dólares en ayudas y le impediría el acceso al Banco Mundial, además de imponerle otras sanciones.

Al-Burhan no se dejó intimidar. Con el respaldo de Al-Sisi en Egipto, que había hecho lo mismo ocho años antes para aplastar la Revolución Egipcia, desafió el farol de Estados Unidos y tomó el poder.

Al-Burhan secuestró a Hamdok y luego apareció en la televisión nacional para anunciar que se suspendían todos los vuelos, se cerraba Internet y se declaraba el estado de emergencia hasta julio de 2023, cuando se convocarían nuevas elecciones.

Al-Burhan quería presentar esto como un hecho consumado. Pero la clase trabajadora tenía otros planes.

Con el anuncio del golpe, la revolución se reavivó. Los Comités de Resistencia Vecinal cobraron nueva vida. El SPA y el Partido Comunista convocaron huelgas generales masivas. Un millón de personas respondieron al llamamiento cuando los sindicatos convocaron una desobediencia civil masiva.

Al-Burhan anunció que, por su desafío, se disolverían todos los sindicatos. La RSF se movilizó una vez más para incitar al terror entre la multitud.

Pero las masas estaban decididas a luchar. Respondieron con consignas como «¡Los revolucionarios y el pueblo libre continuarán el camino!», «¡Los revolucionarios no temen a las balas!», «¡El pueblo es más fuerte!» y «¡La retirada no es una opción!».

A los cinco días del anuncio del golpe, cuatro millones de trabajadores estaban en huelga, decididos a detener a los generales. El régimen respondió arrestando a miles de personas, que salieron bajo el fuego de munición real.

Bajo la enorme presión de los acontecimientos, la SPA adoptó entonces su postura más radical hasta el momento. Pidieron el derrocamiento total del ejército; un gobierno civil completo que lo sustituyera, compuesto únicamente por fuerzas revolucionarias; y que se disolvieran las Fuerzas Armadas de Sudán (SAF) y las Fuerzas de Resistencia de Sudán (RSF) y se juzgara a sus líderes por crímenes contra la revolución.

Pero incluso entonces se puso de manifiesto su falta de claridad política. La cuestión de cómo se iba a lograr esto sin una insurrección obrera, sin armas, sin un nuevo Estado que sustituyera al antiguo, quedó sin respuesta. En cambio, felicitaron a Hamdok por negarse a apoyar el golpe y le dieron cobertura de izquierda como posible líder. Esto resultaría fatal.

El 21 de noviembre, un mes después de su secuestro, un Hamdok tembloroso y desorientado apareció con Hemedti y Al-Burhan, diciendo que habían llegado a un acuerdo. Él dirigiría un nuevo gobierno tecnocrático con elecciones pospuestas hasta junio de 2023, pero la resistencia tendría que cesar.

Inmediatamente, la derecha de la FFC salió a apoyar el acuerdo. La izquierda se negó, pero no ofreció ninguna perspectiva sobre cómo se podía cambiar la sociedad. Continuaron pidiendo los métodos más pacíficos posibles y se negaron a armar a los trabajadores.

Los Comités de Resistencia Vecinal de Jartum anunciaron: «Es nuestro deber resistir [a los generales] hasta que salgamos victoriosos o ellos gobiernen un país vacío después de habernos matado a todos»[11]. Pero sin una perspectiva de cómo luchar eficazmente, las masas eran conducidas como corderos al matadero.

Sin ninguna perspectiva por parte de los dirigentes, la respuesta a la huelga disminuyó. La gente no se enfrenta al riesgo de muerte por mera buena voluntad, necesita creer que sus acciones pueden cambiar la historia. Tres años de liderazgo pacifista de la clase media habían desperdiciado esa creencia, y no había ningún partido revolucionario que mostrara el camino a seguir.

El 3 de enero de 2022, una vez que las masas se habían ido a casa, Hamdok dimitió oficialmente. Las SAF y las RSF obtuvieron el control total. Todos los llamamientos y luchas por un gobierno civil habían terminado en nada más que el afianzamiento del régimen de la dictadura militar. Las ilusiones en el pacifismo conducirían directamente a la guerra civil más sangrienta que ha visto Sudán, porque estos tiranos permanecieron en el poder.

Los trabajadores habían sido conducidos a un callejón sin salida. Sin una perspectiva de cómo escapar, todas sus energías no dieron más que una mayor desmoralización. La RSF continuó su



campaña de terror. Atacaron a los trabajadores con gases lacrimógenos, porras, munición real y cañones antiaéreos. Los trabajadores que lloraban a los muertos en los funerales eran objetivos válidos, ya que los vehículos blindados atropellaban a la gente, yendo y viniendo para arrollarlos.

La magnitud del terror no fue el elemento decisivo del golpe de octubre, sino la falta de un liderazgo resuelto con una perspectiva clara para contraatacar. Esto es lo que finalmente llevaría al agotamiento de los trabajadores.

LA VICTORIA DE LA CONTRARREVOLUCIÓN

Enero de 2022 fue la culminación de la contrarrevolución. Los trabajadores de Sudán no habían sido aplastados físicamente por los generales, pero sus líderes los habían llevado repetidamente a un callejón sin salida. Después de tres años de inmenso valor y sacrificio, el resultado fue otro golpe militar.

Tres años de esfuerzo habían dejado a las masas fatigadas y desmoralizadas. Se convocó toda una serie de acciones a principios de la primavera de 2022, pero cada vez acudían menos personas, ya que la esperanza se desvanecía de sus corazones. Nadie era capaz de explicar claramente los acontecimientos que estaban teniendo lugar ni de ofrecer un camino convincente a seguir.

Las SAF y las RSF habían logrado sofocar tanto a los liberales como a los revolucionarios. Habían consolidado el dominio de la espada. La única pregunta era qué facción la empuñaría. Con la clase trabajadora marginada, los generales se volvieron unos contra otros, luchando por ver quién se llevaría el botín manchado de sangre del pueblo sudanés. Cuanto más completa era la derrota de las masas, más agudas se volvían las luchas internas entre los vencedores.

Al-Burhan tendió una rama de olivo envenenada a las RSF, proponiendo incorporarlas a las SAF bajo su mando. A pesar de los servicios que las RSF habían prestado a la contrarrevolución, la camarilla de Jartum seguía considerándolas como pastores tribales atrasados.

Pero Hemedti no tenía intención de dar marcha atrás. Había consolidado su base en Darfur, enriqueciéndose gracias a las vastas minas de oro del oeste. Había demostrado ser el sabueso de la contrarrevolución y rápidamente se ganó el apoyo de patrocinadores internacionales, en particular de los Emiratos Árabes Unidos, cuyas ambiciones se extendían por el Cuerno de África. En enero de 2022, Hemedti había pasado de ser un pastor de camellos periférico al hombre más poderoso de Sudán. No iba a permitir que Al-Burhan amenazara su posición.

La lucha por el «Bonaparte supremo» de Sudán había comenzado. Las bases de la guerra civil estaban ahora firmemente establecidas.

El 16 de abril de 2023, la RSF se sintió lo suficientemente envalentonada como para actuar contra las Fuerzas Armadas de Sudán. Con aviones de combate y tanques, se disparó la primera salva de la Tercera Guerra Civil Sudanesa. En dos semanas, 800.000 refugiados huían de Sudán mientras la hambruna acechaba el país. Las mujeres embarazadas morían de hambre por falta de alimentos. Se desató la peor hambruna mundial en 40 años, con 24,6 millones de personas enfrentándose a un «hambre agudo» y 2 millones enfrentándose a la hambruna o al riesgo de hambruna[12]. En enero de 2025, el Sindicato de Médicos de Sudán estimó que más de 522.000 niños ya habían muerto de desnutrición.

Durante más de dos años, ambas partes han competido por llevar la barbarie a nuevos niveles. La tortura, las castraciones, las decapitaciones y la esclavitud están a la orden del día. Se ha violado a bebés

Abajo: Jartum, 13 de enero de 2022 (© Duha Mohammed)

Al lado: Refugiados sudaneses en Chad, 2023 (Henry Wilkins / VOA)



de tan solo un año. La agresión sexual se ha convertido en un arma de guerra.

En el oeste, la RSF ha consolidado su dominio. Han reanudado su campaña genocida en Darfur contra el pueblo masalit, alimentada por las divisiones entre los pastores nómadas árabes y los pastores africanos negros. En 2005 llevaron a cabo una política sistemática de violaciones masivas para exterminar a la población africana. Ahora, la RSF ha tomado una ruta más directa. Todos los hombres africanos negros debían ser ejecutados, independientemente de su edad. Las mujeres huyeron a Chad con sus bebés varones, sin vida a sus espaldas debido a los agujeros de bala en sus cabezas.

En el pasado, un conflicto de esta magnitud se habría configurado tanto en los pasillos de Washington como en el campo de batalla. Al fin y al cabo, fue Estados Unidos quien negoció el Acuerdo General de Paz de 2005, que puso fin a la Segunda Guerra Civil Sudanesa y, en última instancia, dividió el país en dos. Pero el relativo declive del imperialismo estadounidense ha permitido a varias potencias más pequeñas afirmar sus intereses en la región, independientemente de la política exterior de Estados Unidos. En Sudán han venido en busca del control de las rutas comerciales del mar Rojo en el este, las fértiles tierras a lo largo del Nilo y el oro en el oeste, cuyo valor está aumentando ahora que se erosiona el dominio del dólar.

Ha intervenido una vertiginosa variedad de potencias. Los saudíes han respaldado constantemente a las Fuerzas Armadas de Sudán, mientras que los Emiratos Árabes Unidos, un contendiente imperialista en ascenso, se han convertido en el principal apoyo de las Fuerzas de Reserva de Sudán. La lista de actores extranjeros parece interminable: Qatar, Egipto, Turquía, Etiopía, Eritrea y Chad han desempeñado su papel. Las repercusiones amenazan con empujar la paz de cuatro años de Sudán del Sur a otra guerra civil.

Para colmo de males, Rusia intervino inicialmente del lado de las RSF para asegurarse el oro y eludir las sanciones occidentales. Para contrarrestar el intento de Rusia de romper las sanciones, el ejército ucraniano ha intervenido del lado de las SAF, lo que ha dado lugar a espectaculares escenas de mercenarios rusos luchando contra las fuerzas especiales ucranianas en las calles de Jartum.

Ahora, sin embargo, los imperialistas rusos han cambiado de bando, dando prioridad al acceso al puerto de Sudán. Así, la RSF ha sido abandonada y las SAF son los nuevos aliados de Rusia, lo que ha dado lugar a escenas aún más espectaculares de mercenarios rusos colaborando con las fuerzas especiales ucranianas.

Un análisis completo de la Tercera Guerra Civil Sudanesa excede el alcance de este artículo. Lo que *es* cierto es que la clase obrera sudanesa ha sufrido una derrota catastrófica. Se necesitarán años, quizás décadas, y grandes avances no solo dentro de Sudán, sino a nivel internacional, para que recuperen su fuerza.



Mientras tanto, la barbarie se ha afianzado y se extiende, día a día, más allá de las fronteras de Sudán.

SOCIALISMO O BARBARIE

Los pacifistas y los cobardes pueden afirmar: «Si nunca hubiéramos luchado por la libertad, nos habríamos ahorrado tales horrores». Pero el capitalismo en sí mismo es un horror sin fin. La crisis en Sudán no fue el resultado de la revolución, sino que fue la profunda crisis de la sociedad sudanesa la que *dio lugar* a la revolución.

Si los trabajadores nunca hubieran salido a las calles, ¿se habría detenido el colapso económico, cuando la inflación ya había superado el 100 % en 2018? ¿Se habría evitado la fragmentación de la clase dominante, cuando el dictador ya había creado dos ejércitos rivales para asegurar su control del poder? ¿Se habría impedido la intervención de las potencias regionales, las mismas que ya están alimentando la destrucción en Yemen, Tigray, Sudán del Sur y la República Democrática del Congo?

Todos estos acontecimientos se derivan de la crisis global y sistémica a la que se enfrenta el capitalismo desde la crisis de 2008.

Esa crisis marcó el comienzo de una era histórica de inestabilidad, un período definido por el prolongado estancamiento entre una clase capitalista incapaz de desarrollar las fuerzas productivas y una clase trabajadora traicionada repetidamente por sus propios dirigentes. El mundo actual se caracteriza por una inestabilidad orgánica, marcada por fuertes oscilaciones y cambios bruscos.

Sudán estuvo más cerca que cualquier otro movimiento reciente de romper ese estancamiento, de establecer un gobierno obrero. Con su valentía, determinación y resistencia, la clase obrera sudanesa no pudo haber hecho más. Lo que faltó fue una dirección genuinamente revolucionaria. Una y otra vez, el movimiento se rindió a las ilusiones burguesas y pequeñoburguesas.

Este fracaso no se debió a las deficiencias personales de los líderes individuales. Fue el resultado inevitable de la falta de un partido revolucionario construido *de antemano*, un partido templado contra las presiones de la sociedad burguesa, con cuadros entrenados arraigados en todo el país, capaces de unir a las masas trabajadoras en torno a un programa revolucionario coherente. Sin un partido así, incluso el levantamiento más heroico se doblegará bajo el peso de la clase dominante.

El fracaso de la revolución sudanesa abrió las compuertas a horrores inimaginables. Pero Sudán no es una excepción, es una advertencia. La consigna «socialismo o barbarie» no es una proposición teórica lejana; era la elección real y concreta a la que se enfrentaba Sudán en 2019. En ausencia de una dirección revolucionaria, el resultado fue la barbarie. Esta cuestión se planteará una y otra vez.

La vieja madriguera de la revolución está excavando, no solo en África y Oriente Medio, sino también hacia el norte, hacia el corazón del imperialismo. Los temblores que sacudieron Jartum en 2019, con el tiempo, sacudirán los centros del capitalismo mundial.

La única pregunta es: ¿estarán preparadas las fuerzas de la revolución o permitirán que la historia se repita?

La revolución sudanesa ofrece un tesoro de lecciones. Sería imperdonable dejar que su legado pasara en vano. La batalla entre la revolución y la contrarrevolución estallará una y otra vez, a escalas cada vez mayores. No puede haber ninguna duda sobre quién será el vencedor final, *si*, y solo si, nos preparamos de antemano. ■

Referencias en línea
americasocialista.org
/amsoc42
o escanea el código QR



LAS LECCIONES DE LA COMUNA DE PARÍS

La Comuna de París de 1871 fue el primer estado obrero de la historia. Durante aproximadamente seis semanas, del 18 de marzo al 28 de mayo, los trabajadores de París gobernaron la ciudad democráticamente, mientras resistían heroicamente el ataque del antiguo orden, con sede en Versalles.

Marx elogió a los trabajadores parisinos por «asaltar el cielo», y su análisis de la Comuna en *La guerra civil en Francia* sigue siendo un texto esencial. Sin embargo, a pesar de los inspiradores logros de la Comuna, también tuvo sus limitaciones. De entre ellas, podría decirse que la más decisiva fue su dirección, que llegó al poder casi por accidente y actuó de manera confusa e indecisa en todo momento.

En «Lecciones de la Comuna de París», escrito en 1921, **León Trotski** destaca las limitaciones del liderazgo de la Comuna de París y explica la importancia de un partido revolucionario centralizado para la victoria de la revolución socialista. Animamos a los lectores a leer el artículo completo visitando americasocialista.org/trotski-comuna-de-paris o escaneando el código QR.

Cada vez que volvemos a estudiar la historia de la Comuna descubrimos un nuevo matiz gracias a la experiencia que nos han proporcionado las luchas revolucionarias ulteriores, tanto la revolución rusa como la alemana y la húngara. La guerra franco-alemana fue una explosión sangrienta que presagiaba una inmensa carnicería mundial, la Comuna de París fue como un relámpago, el anuncio de una revolución proletaria mundial.

La Comuna nos mostró el heroísmo de las masas obreras, su capacidad para unirse como un bloque, su virtud para sacrificarse por el futuro... Pero al mismo tiempo puso de manifiesto la incapacidad de las masas para encontrar su camino, su indecisión para dirigir el movimiento, su fatal inclinación a detenerse tras los primeros éxitos permitiendo de este modo que el enemigo se recupere y retome sus posiciones.

La Comuna llegó demasiado tarde. Tuvo todas las posibilidades para tomar el poder el 4 de septiembre,[1] lo que hubiera permitido al proletariado de París ponerse a la cabeza de todos los trabajadores del país en su lucha contra las fuerzas del pasado, tanto contra Bismarck como contra Thiers.[2] Pero el poder cayó en manos de los charlatanes democráticos, los diputados de París.

DIRIGENTES PEQUEÑOBURGUESES

El proletariado parisino no tenía ni un partido ni jefes a los que hubiera estado estrechamente vinculado por anteriores luchas. Los patriotas pequeñoburgueses, que se creían socialistas y buscaban el apoyo de los obreros, carecían por completo de confianza en ellos. No hacían más que socavar la confianza del proletariado en sí mismo, buscando continuamente abogados célebres, periodistas, diputados, cuyo único bagaje consistía en una docena de frases vagamente revolucionarias, para confiarles la dirección del movimiento. [...]

El partido obrero (el verdadero) no es un instrumento de maniobras parlamentarias, es la experiencia acumulada y organizada del proletariado. Sólo con la ayuda del partido, que se apoya en toda su

1 Levantamiento de los obreros de París y proclamación de la república, tras la derrota y captura del emperador Napoleón III en la batalla de Sedán el 2 de septiembre.

2 Jefe del gobierno reaccionario basado en Versalles, que se opuso y finalmente aplastó a la Comuna de París.



Una barricada en la Comuna de París, 18 de marzo de 1871

historia pasada, que prevé teóricamente la dirección que tomarán los acontecimientos, sus etapas, y define las líneas de actuación precisas, puede el proletariado liberarse de la necesidad de recomenzar constantemente su historia: sus dudas, su indecisión, sus errores.

El proletariado de París carecía de un tal partido. Los socialistas burgueses, de los que estaba llena la Comuna, elevaban los ojos al cielo esperando un milagro o una palabra profética, dudaban y durante ese tiempo, las masas andaban a tientas, desorientadas a causa de la indecisión de unos y la franqueza de otros. El resultado fue que la Revolución estalló en medio de ellas demasiado tarde. París estaba cercado.

Pasaron seis meses antes de que el proletariado recuperase el recuerdo de las revoluciones anteriores, de sus lecciones, de los combates anteriores, de las reiteradas traiciones de la democracia, y tomara el poder.

Estos seis meses fueron una pérdida irreparable. Si en septiembre de 1870, se hubiera encontrado a la cabeza del proletariado francés el partido centralizado de la acción revolucionaria, toda la historia de Francia, y con ella toda la historia de la humanidad, hubiera tomado otra dirección.

Si el 18 de marzo el poder pasó a manos del proletariado de París, no fue porque éste se apoderase de él conscientemente, sino porque sus enemigos habían abandonado la capital.

Estos últimos iban perdiendo terreno constantemente, los obreros los despreciaban y detestaban, habían perdido la confianza de la pequeña burguesía y los grandes burgueses temían que ya no fueran capaces de defenderlos. Los soldados estaban enfrentados a sus oficiales. El gobierno huyó de París para concentrar en otra parte sus fuerzas. Entonces el proletariado se hizo el amo de la situación.

Pero no lo comprendió hasta el día siguiente. La Revolución le cayó encima sin que se lo esperase.

PASIVIDAD

Este primer éxito fue una nueva fuente de pasividad. El enemigo había huido a Versalles. ¿Acaso eso no era una victoria?

En esos momentos se habría podido aplastar a la banda gubernamental sin apenas efusión de sangre. En París, se habría podido detener a todos los ministros, empezando por Thiers. Nadie habría movido un dedo para defenderlos. No se hizo. No había un partido organizado centralizadamente, capaz de una visión de conjunto sobre la situación y con órganos especiales para ejecutar las decisiones.

Los restos de la infantería no querían retroceder hacia Versalles. El vínculo que ligaba oficiales y soldados era muy débil. Y si hubiera existido en París un centro dirigente de partido, habría introducido entre las tropas en retirada -puesto que había posibilidad de retirada- algunos centenares o al menos unas decenas de obreros leales, a los que se les habrían dado instrucciones para alimentar el descontento de los soldados contra los oficiales y aprovechar el primer momento psicológico favorable para liberar a la tropa de sus mandos y conducirla a París para unirse al pueblo.

Habría sido fácil hacer esto, según confesaron incluso los partidarios de Thiers. Pero nadie lo pensó. No había nadie que pensara. En los grandes acontecimientos, por otra parte, tales decisiones sólo puede tomarlas un partido revolucionario que espera una revolución, se prepara, se mantiene firme, un partido que está habituado a tener una visión de conjunto y no tiene miedo a la acción.

Y precisamente el proletariado francés carecía de partido de combate.

EL COMITÉ CENTRAL Y EL RESPETO DE LA LEGALIDAD

El Comité central de la Guardia nacional era, de hecho, un Consejo de Diputados de los obreros armados y de la pequeña burguesía. Un tal Consejo elegido directamente por las masas que han entrado en el camino de la revolución, representa una excelente estructura ejecutiva. Pero al mismo tiempo, y justamente a causa de su ligazón inmediata y elemental con unas masas que se encuentran tal y como las encontró la revolución, refleja no sólo los puntos fuertes de masas sino también sus debilidades, y refleja antes las debilidades: manifiesta indecisión, atentísimo, tendencia a la inactividad tras los primeros éxitos.

El Comité central de la Guardia nacional necesitaba ser dirigido. Era indispensable disponer de una organización que encarnase la experiencia política del proletariado y estuviese presente por todas partes -no solo en el Comité central, sino en las legiones, en los batallones, en las capas más profundas del proletariado francés. Por medio de los Consejos de Diputados, -que en este caso eran órganos de la Guardia nacional- el partido habría podido estar continuamente en contacto con las masas, pulsando así su estado de ánimo; su centro dirigente habría podido lanzar diariamente una consigna que los militantes del partido habrían podido difundir entre las masas, uniendo su pensamiento y su voluntad.

Apenas el gobierno hubo retrocedido sobre Versalles, la Guardia nacional se apresuró a declinar toda responsabilidad, precisamente cuando esta responsabilidad era enorme. El comité central imaginó elecciones «legales» a la Comuna. Entabló conversaciones con los concejales de París para cubrirse, por la derecha, con la «legalidad».

Si al mismo tiempo se hubiera preparado un violento ataque contra Versalles, las conversaciones con los ediles hubieran significado una astucia militar plenamente justificada y acorde con los objetivos. Pero en realidad, estas conversaciones se mantuvieron para intentar que un milagro evitase la lucha. Los radicales pequeño burgueses y los socialistas idealistas, respetando la «legalidad» y a las gentes que encarnaban una parcela de estado «legal», diputados, concejales, etc., esperaban, desde lo más profundo de su corazón, que Thiers se detendría respetuosamente ante el París revolucionario tan pronto como éste se hubiera dotado de una Comuna «legal».

La pasividad y la indecisión se vieron favorecidas en este caso por el principio sagrado de la federación y la autonomía. París, como podéis comprobar, no es más que una comuna entre otras. París no quiere imponerse a nadie; no lucha por la dictadura, en todo caso sería la «dictadura del ejemplo».

'AUTONOMÍA DE LAS COMUNIDADES'

En resumidas cuentas, esto no fue más que una tentativa para reemplazar la revolución proletaria que se estaba desarrollando por una reforma pequeño burguesa: la autonomía comunal. La verdadera tarea revolucionaria consistía en asegurar al proletariado en el Poder en todo el país. París debía servir de base, punto de

apoyo, plaza de armas. Para alcanzar este objetivo era preciso derrotar a Versalles sin pérdida de tiempo y enviar por toda Francia agitadores, organizadores, fuerzas armadas. Era necesario entrar en contacto con los simpatizantes, reafirmar a los que dudaban y quebrar la oposición de los adversarios. Pero en lugar de esta política de ofensiva y agresión, la única que podía salvar la situación, los dirigentes de París intentaron limitarse a su autonomía comunal: ellos no atacarían a los demás si éstos no les atacaban a ellos; cada ciudad debía recuperar el sagrado derecho al auto-gobierno. Este parloteo idealista -una especie de anarquismo mundano- cubría en realidad la cobardía ante una acción revolucionaria que era preciso llevar hasta sus últimas consecuencias, pues, de otro modo, no se hubiera debido empezar…

La hostilidad a una organización centralizada -herencia del localismo y autonomismo pequeño burgués- es sin lugar a dudas el punto débil de cierta fracción del proletariado francés. Para algunos revolucionarios, la autonomía de las secciones, de los barrios, de los batallones, de las ciudades, es la suprema garantía de la verdadera acción y de la independencia individual. Pero esto no es más un gran error que costó muy caro al proletariado francés.

Bajo la forma de «lucha contra el centralismo despótico» y contra la disciplina «asfixiante» se libra un combate por la conservación de los diversos grupos y sub-grupos de la clase obrera, por sus mezquinos intereses, con sus pequeños líderes de barrio y sus oráculos locales.

La clase obrera en su totalidad, aunque conserve la originalidad de su cultura y sus matices políticos, puede actuar con método y firmeza, sin ir a remolque de los acontecimientos y dirigiendo sus golpes mortales contra los puntos débiles del enemigo, a condición de que esté liderada, por encima de barrios, secciones y grupos, por un aparato centralizado y cohesionado por una disciplina de hierro. […]

EL PAPEL DEL PARTIDO

El partido no crea la revolución a su gusto, no escoge según le convenga el momento para tomar el poder, pero interviene activamente en todas las circunstancias, pulsa en todo momento el estado de ánimo de las masas y evalúa las fuerzas del enemigo, determinando así el momento propicio para la acción definitiva. Esta es la más difícil de sus tareas.

El partido no cuenta con una solución que valga para todos los casos. Necesita una teoría justa, un estrecho contacto con las masas, una acertada comprensión de la situación, una visión revolucionaria y una gran decisión. Cuando más profundamente penetra un partido revolucionario en todas las esferas de la lucha revolucionarias y cuanto más cohesionado está en torno a un objetivo y por la disciplina, mejor y más rápidamente puede llevar a cabo su misión.

La dificultad consiste en ligar estrechamente esta organización de partido centralizado, soldado interiormente por una disciplina de hierro, con el movimiento de las masas, con sus flujos y reflujos. No se puede conquistar el poder sin una poderosa presión revolucionaria de las masas trabajadoras. Pero, en esta acción, el elemento preparatorio es inevitable.

Y cuanto mejor comprenda el partido la coyuntura y el momento, mejor preparadas estarán las bases de apoyo, mejor repartidas estarán las fuerzas y sus objetivos, más seguro será el éxito y menos víctimas costará. La correlación entre una acción cuidadosamente preparada y el movimiento de masas es la tarea político-estratégica de la toma del poder.

CÓMO TRIUNFÓ LA REVOLUCIÓN RUSA

La comparación del 18 de marzo de 1871 con el 7 de noviembre de 1917 es, desde este punto de vista, muy instructiva. En París se sufrió una absoluta falta de iniciativa para la acción por parte de los círculos dirigentes revolucionarios. El proletariado, armado por el gobierno burgués, era, de hecho, dueño de la ciudad y disponía de todos los medios materiales del poder -cañones y fusiles- pero no se dio cuenta de ello. La burguesía hizo una tentativa para arrebatar al gigante sus armas: intentó robarle al proletariado sus cañones. Pero el intento fracasó. El gobierno huyó aterrado desde París a Versalles. El campo estaba libre. Pero el proletariado no se dio cuenta de que era el amo de París más que al día siguiente. Los «jefes» iban a remolque de los acontecimientos, tomaban nota de ellos cuando ya se habían producido y hacían todo lo posible para embotar el filo revolucionario.

En Petrogrado los acontecimientos se desarrollaron de forma muy distinta. El partido caminaba firme y decidido hacia la toma del poder. Dispuso a sus hombres por doquier, reforzando todas las posiciones y aprovechando toda ocasión para ahondar la brecha entre los obreros y la guarnición de una parte y el gobierno de otra. […]

Lo esencial del trabajo de preparación y realización de la insurrección armada se hacía abiertamente, con un método y una naturalidad que la burguesía, con Kerensky a su cabeza, apenas se apercibió de lo que pasaba ante sus narices. En París, el proletariado sólo comprendió que era el dueño de la situación inmediatamente después de su victoria real, una victoria que, por otra parte, no había buscado conscientemente. En Petrogrado las cosas sucedieron de muy distinta forma. Nuestro partido, con el apoyo de los obreros y de la guarnición, se apoderó del poder, y la burguesía, que pasó una noche bastante tranquila, sólo se dio cuenta a la luz del día que el gobierno del país se encontraba ya en manos de sus enterradores. […]

ELECTIVIDAD Y NOMBRAMIENTOS

La cuestión de la electividad de los mandos fue uno de los motivos del conflicto entre la Guardia nacional y Thiers. París rehusó aceptar el mando que había designado Thiers. Varlin formuló inmediatamente



Destrucción de la Columna Vendôme, con su estatua de Napoleón Bonaparte, por los comuneros en mayo de 1871

Opuesto: Ejecución de comuneros en el cementerio Père-Lachaise, 28 de mayo de 1871, dibujo de Alfred Darjou



la reivindicación de que todos los mandos de la Guardia nacional, sin excepción, fueran elegidos por los propios guardias nacionales. Ese fue el principal apoyo del Comité central de la Guardia nacional.

Esta cuestión debe ser considerada desde dos perspectivas: la política y la militar. Ambas están relacionadas entre sí, pero es preciso distinguirlas. La tarea política consistía en depurar la Guardia nacional de los mandos contrarrevolucionarios. El único medio para conseguirlo era la total electividad, ya que la mayoría de la Guardia nacional estaba compuesta de obreros y pequeño burgueses revolucionarios. Más aún, la divisa de electividad debía ampliarse también a la infantería. De un solo golpe Thiers se hubiera visto privado de su principal arma, la oficialidad contrarrevolucionaria.

Pero para realizar este plan al proletariado le faltaba un partido, una organización que dispusiera de adeptos en todas las unidades militares. En una palabra, la electividad, en este caso, no tenía como objetivo inmediato dotar a los batallones de mandos adecuados, sino liberarlos de los mandos adictos a la burguesía. Hubiera sido como una cuña para dividir el ejército en dos partes, a lo largo de una línea de clase. Así sucedieron las cosas en Rusia en la época de Kerensky, sobre todo en vísperas de Octubre.

Pero cuando el ejército se libera del antiguo aparato de mando inevitablemente se produce un debilitamiento de la cohesión en sus filas y la disminución de su espíritu de combate. El nuevo mando elegido es a menudo bastante débil en el terreno técnico-militar y en lo tocante al mantenimiento del orden y la disciplina. De manera que cuando el ejército se libera del viejo mando contrarrevolucionario que lo oprimía, surge la cuestión de dotarle de un mando revolucionario capaz de cumplir su misión. Y este problema no puede ser resuelto por unas simples elecciones.

Antes que la gran masa de soldados pudiera adquirir la suficiente experiencia para seleccionar a sus mandos la revolución sería aplastada por el enemigo, que ha aprendido a escoger sus mandos durante siglos. Los métodos de democracia informe (la simple electividad) deben ser completados, y en cierta medida reemplazados, por medidas de cooptación. La revolución debe crear una estructura compuesta de organizadores experimentados, seguros, merecedores de una confianza absoluta, dotada de plenos poderes para escoger, designar y educar a los mandos. Si el particularismo y el autonomismo democrático son extremadamente peligrosos para la revolución proletaria en general, son aún diez veces más peligrosos para el ejército. Nos lo demostró el ejemplo trágico de la Comuna.

El Comité central de la Guardia nacional basaba su autoridad en la electividad democrática. Pero cuando tuvo necesidad de desplegar al máximo su iniciativa en la ofensiva, sin la dirección de un partido proletario, perdió el rumbo y se apresuró a transmitir sus poderes a los representantes de la Comuna, que necesitaba una base democrática más amplia. Y jugar a las elecciones fue un gran error en ese momento.

Pero una vez celebradas las elecciones y reunida la Comuna, hubiera sido preciso que ella misma creara un órgano que concentrara el poder real y reorganizara la Guardia nacional. Y no fue así. Junto a la Comuna elegida estaba el Comité central, cuyo carácter electivo le confería una autoridad política gracias a la cual podía enfrentarse a aquélla. Al mismo tiempo se veía así privado de la energía y firmeza necesarias en las cuestiones puramente militares que, tras la organización de la Comuna, justificaban su existencia.

La electividad, los métodos democráticos no son más que una de las armas de las que dispone el proletariado y su partido. La electividad no puede ser de ningún modo un fetiche, un remedio contra todos los males. Es necesario combinarla con las designaciones. El poder de la Comuna procedía de la Guardia nacional elegida. Pero una vez creada, la Comuna hubiera debido reorganizar toda la Guardia nacional con mano firme, dotarla de mandos seguros e instaurar un régimen disciplinario muy severo. La Comuna no lo hizo, privándose por ello de un poderoso centro dirigente revolucionario. Por ello fue aplastada.

DIRECCIÓN REVOLUCIONARIA

Podemos hojear página por página toda la historia de la Comuna y encontraremos una sola lección: es necesaria la enérgica dirección de un partido.

El proletariado francés se ha sacrificado por la Revolución como ningún otro lo ha hecho. Pero también ha sido engañado más que otros. La burguesía lo ha deslumbrado muchas veces con todos los colores del republicanismo, del radicalismo, del socialismo, para cargarlo con las cadenas del capitalismo. Por medio de sus agentes, sus abogados y sus periodistas, la burguesía ha planteado una gran cantidad de fórmulas democráticas, parlamentarias, autonomistas, que no son más que los grilletes con que ata los pies del proletariado e impide su avance.

El temperamento del proletariado francés es como una lava revolucionaria. Pero por ahora está recubierta con las cenizas del escepticismo, resultado de muchos engaños y desencantos. Por eso, los proletarios revolucionarios de Francia deben ser más severos con su partido y denunciar inexcusablemente toda disconformidad entre las palabras y los hechos. Los obreros franceses necesitan una organización para la acción, fuerte como el acero, con jefes controlados por las masas en cada nueva etapa del movimiento revolucionario.

¿Cuánto tiempo nos concederá la historia para prepararnos? No lo sabemos. Durante cincuenta años la burguesía francesa ha mantenido el poder en sus manos, tras haber erigido la Tercera República sobre los cadáveres de los comuneros. A los luchadores del 71 no les faltó heroísmo. Lo que les faltaba era claridad en el método y una organización dirigente centralizada. Por ello fueron derrotados. Y ha transcurrido medio siglo antes de que el proletariado francés pueda plantearse vengar la muerte de los comuneros. Pero ahora intervendrá de manera más firme, más concentrada. Los herederos de Thiers tendrán que pagar la deuda histórica, íntegramente. ■



CUANDO EL COLOSO TEMBLÓ...

EL MOVIMIENTO CONTRA LA GUERRA DE VIETNAM

El movimiento en Estados Unidos contra la guerra de Vietnam movilizó a millones de personas contra el gobierno y se convirtió en un pararrayos para las reivindicaciones de una enorme capa de oprimidos. En este contexto, se podría haber construido un poderoso partido revolucionario para desafiar el poderío del imperialismo estadounidense desde dentro. En este artículo, **Tom Trottier** detalla el auge del movimiento contra la guerra y cómo se perdió esta oportunidad histórica.

Después de la Segunda Guerra Mundial, el imperialismo estadounidense se erigió como una poderosa potencia económica y militar. Este «coloso» era único. ¿Había existido alguna vez una potencia imperialista con tanta riqueza y un poderío militar tan enorme, incluida la bomba atómica? El ejército estadounidense proclamaba con orgullo que nunca había perdido una guerra. Todo esto cambió con la guerra de Vietnam.

El gobierno estadounidense lanzó todo lo que pudo contra el pueblo vietnamita con el fin de mantener su dominación imperialista. Sus acciones no lograron quebrantar la determinación de los vietnamitas, pero contribuyeron a impulsar un gran movimiento contra la guerra en el corazón mismo del imperio. La trayectoria de la guerra provocó una radicalización masiva en el país. La estabilidad del régimen capitalista estadounidense se convirtió en su contrario.

En su apogeo, el movimiento contra la guerra llevó a millones de personas a las calles y se convirtió en un foco de atención para otras luchas masivas de la época. Hubo oportunidades increíbles para construir un gran partido comunista, capaz de unir todas estas luchas y darles un liderazgo revolucionario. Trágicamente, estas oportunidades se desperdiciaron.

Hoy en día, en un contexto de creciente sentimiento anti-imperialista en todo el mundo, los revolucionarios tienen mucho que aprender del estudio de ese periodo.

CONTENCIÓN

La Segunda Guerra Mundial consolidó firmemente la posición de Estados Unidos como potencia imperialista dominante en el mundo. Mientras tanto, la Unión Soviética, tras ganar la guerra contra la Alemania nazi, emergió de manera concluyente como potencia mundial. Esto, junto con el establecimiento de regímenes estalinistas en la mayor parte de Europa del Este, fortaleció enormemente la autoridad del estalinismo en gran parte del mundo.

La guerra también puso la cuestión de las revoluciones coloniales firmemente en la agenda de gran parte del mundo, con los partidos comunistas estalinizados dispuestos a desempeñar un papel protagonista. El imperialismo estadounidense intentó aplicar una política de «contención». Querían derrotar las revoluciones coloniales y detener, o al menos limitar, la expansión del estalinismo en todo el mundo. Pero el cansancio de la guerra de las tropas estadounidenses limitó las opciones de los imperialistas para una intervención militar directa en los años inmediatamente posteriores a la guerra.

Tras la derrota del imperialismo japonés en 1945, Francia intentó recuperar sus colonias en Indochina, lo que consiguió

Manifestación durante la Convención Demócrata en Chicago, 1 de agosto de 1968 (© Dennis Brack / Alamy)

con el apoyo de Estados Unidos. Tras la Revolución China de 1949 y la Guerra de Corea de 1950-1953, la burguesía estadounidense habló de la «teoría del dominó», según la cual, si el capitalismo era derrocado en un país, sus vecinos caerían rápidamente uno tras otro. Por lo tanto, estaban decididos a apoyar el capitalismo en Vietnam, que consideraban vital para preservar sus intereses en toda la región.

De 1945 a 1954, el pueblo vietnamita, bajo el liderazgo estalinista de Ho Chi Minh, luchó y derrotó a los franceses, culminando en la batalla de Dien Bien Phu. Tras la derrota de los franceses, Estados Unidos intervino y creó el estado de «Vietnam del Sur». Esto sentó las bases para una guerra de liberación nacional contra el imperialismo estadounidense y su régimen títere en el sur.

El corrupto gobierno comprador de Vietnam del Sur planteó una disyuntiva al imperialismo estadounidense: ¿abandonar Vietnam y ver cómo el capitalismo era derrocado, o enviar al ejército estadounidense para derrotar a las fuerzas de liberación? Sin embargo, los intentos de los imperialistas por apuntalar el capitalismo en el extranjero acabarían desestabilizando su propio sistema en casa, con el auge de un movimiento antibélico de masas.

RUIDO EN LAS ENTRAÑAS DE LA BESTIA

Las condiciones para el desarrollo de este movimiento se habían preparado durante las décadas anteriores.

Por ejemplo, se produjo un profundo cambio en las relaciones raciales tras la Segunda Guerra Mundial. Tras haber arriesgado sus vidas durante la guerra, muchos exsoldados negros ya no estaban dispuestos a soportar la segregación racial de Jim Crow en el sur cuando regresaron a casa.

En el norte, aunque la segregación no era tan explícita como en el sur, existía de hecho una política consciente de segregación en materia de vivienda que dictaba dónde podían vivir las personas. Todo ello se complementaba con un sistema de asesinatos racistas, que eran tolerados de facto por el Estado.

Estas condiciones dieron lugar a un enorme movimiento por los derechos civiles en la década de 1950 que continuó hasta la década de 1960. Los afroamericanos se radicalizaron durante este periodo. La violencia empleada por la policía contra los manifestantes por los derechos civiles no derrotó al movimiento, sino que lo fortaleció y lo extendió.

El movimiento por los derechos civiles contribuyó a radicalizar a un sector mucho más amplio de la juventud a principios de la década de 1960. Según una estimación, a mediados de abril de 1960, unos 50.000 estudiantes habían participado en sentadas por los derechos civiles. A esto se sumó el desarrollo de la Revolución Cubana y la pobreza flagrante en el país más rico del mundo. Muchos estudiantes se estaban volviendo políticamente activos, en comparación con la relativa tranquilidad y el conformismo de la década de 1950.

Los Estudiantes por una Sociedad Democrática, conocidos como SDS, publicaron su «Declaración de Port Huron» en 1962. Aunque se enfrentaba al anticomunismo generalizado de la Guerra Fría, este documento era básicamente una crítica liberal de la sociedad estadounidense, ya que no cuestionaba el sistema capitalista. No obstante, en el vacío político que existía en la década de 1960, el SDS creció de forma explosiva.

EL IMPACTO DE LA CONSCRIPCIÓN

Desde 1954 hasta agosto de 1964, Estados Unidos limitó su papel en Vietnam

En el sentido de las agujas del reloj desde la parte superior izquierda:

Bombas de napalm explotan sobre estructuras del NLF al sur de Saigón
Ejecución del capitán del NLF Nguyễn Văn Lém, 1 de febrero de 1968
Prisioneros del NLF capturados durante la Operación Thayer II
Soldado estadounidense quemando Mỹ Lai, 16 de marzo de 1968





Marcha sobre Washington por el empleo y la libertad, 1963 – Martin Luther King aparece en el centro

Opuesto: Sentada durante la marcha contra la guerra en el Pentágono, 21 de octubre de 1967

principalmente a financiar, armar y entrenar a su régimen títere en el sur. Cuando en 1964 quedó claro que el Estado de Vietnam del Sur estaba a punto de colapsar, el llamado «incidente del Golfo de Tonkin» se utilizó como pretexto para aumentar significativamente la presencia militar y la intervención directa de Estados Unidos.

Se enviaron miles de soldados, barcos y bombarderos a Vietnam, hasta alcanzar los 543.000 efectivos militares en enero de 1969.[1] El general del Ejército de los Estados Unidos William Westmoreland, veterano de Corea y de la Segunda Guerra Mundial, estuvo al mando entre 1964 y 1968.

Más de 1,8 millones de estadounidenses fueron reclutados durante la guerra.[2] Dado que las tropas eran trasladadas dentro y fuera del país, se estima que alrededor de 2,7 millones de soldados, marineros, y aviadores estadounidenses fueron enviados a Vietnam en algún momento u otro.[3]

El servicio militar obligatorio desempeñó un papel importante en la conciencia de los jóvenes y en el desarrollo de la oposición a la guerra. Con el pretexto de «luchar contra el comunismo», toda una generación de jóvenes se vio obligada a alistarse en el ejército estadounidense y arriesgarse a morir o quedar discapacitada de por vida en las selvas del sudeste asiático. Era una gigantesca espada de Damocles que pendía sobre los jóvenes y sus familias.

La cuestión de clase también generó resentimiento contra el servicio militar obligatorio. Cada vez que hay un reclutamiento militar, las normas para los trabajadores son diferentes a las que se aplican a los ricos. Los estudiantes universitarios podían aplazar su servicio militar hasta después de graduarse, lo que provocaba que una cantidad desproporcionada de jóvenes de clase trabajadora se viera obligada a alistarse en el ejército. Aquellos que tenían contactos con un médico podían quedar exentos del combate por motivos médicos.

La raza también fue un factor determinante. Los estadounidenses no blancos fueron asignados de manera desproporcionada a las fuerzas de combate. Por lo tanto, los afroamericanos y los latinos representaron una proporción mayor de bajas en la guerra que la que correspondía a su porcentaje de la población estadounidense en ese momento.[4]

Estas tensiones salieron a la luz cuando el ejército estadounidense intentó reclutar al famoso boxeador Muhammad Ali en 1967. Cuando Ali se resistió, fue arrestado, se le prohibió boxear y se le condenó a cinco años de prisión. Para justificar su decisión, Ali explicó que:

> «¿Por qué me piden que me ponga un uniforme, me vaya a diez mil kilómetros de casa y lance bombas y balas sobre gente de piel morena en Vietnam, mientras que los llamados negros de Louisville son tratados como perros y se les niegan los derechos humanos más básicos?
>
> No deshonraré mi religión, mi pueblo ni a mí mismo convirtiéndome en una herramienta para esclavizar a quienes luchan por su propia justicia, libertad e igualdad».

Aunque Ali fue vilipendiado en los medios de comunicación, su acción sin duda tocó la fibra sensible de muchos jóvenes negros que fueron llamados a filas. Muchos soldados vivían en medio de la discriminación que Ali describía, y no hay duda de que la lucha por los derechos civiles y el movimiento contra la guerra en su país les atraían. Más tarde, estos factores madurarían y darían lugar a revueltas en el propio ejército estadounidense.

CRECE LA OPOSICIÓN

La Fuerza Aérea de los Estados Unidos comenzó a bombardear objetivos en Vietnam del Norte en febrero de 1965. El general Curtis LeMay, que había participado en los bombardeos estadounidenses sobre Japón durante la Segunda Guerra Mundial, se jactaba orgulloso de que los Estados Unidos podían bombardear Vietnam «hasta devolverlo a la edad de piedra». De hecho, en términos de tonelaje de bombas, Estados Unidos lanzó más material explosivo sobre Vietnam que todas las partes combinadas en la Segunda Guerra Mundial.[5]

Los imperialistas desataron el infierno sobre el pueblo de Vietnam y, finalmente, sobre Camboya y Laos. Pero, por primera vez en la historia, la guerra fue televisada. El resultado fue que, mientras veían la carnicería desde sus salones, muchos trabajadores y jóvenes estadounidenses se preguntaron: ¿por qué está sucediendo esto?

Los medios televisivos capitalistas son un negocio que vende anuncios publicitarios. Aunque, por supuesto, mostraban una línea proestadounidense, también querían capturar la cruda realidad de la guerra, que sin duda es el mayor drama. La televisión, los periódicos y las revistas mostraban imágenes gráficas y desagradables de esta guerra, de una forma que no se había hecho antes. Recuerdo que tenía unos diez años y veía el «recuento de cadáveres» diario que se informaba en las noticias de la televisión. Esto era implacable y tuvo un enorme efecto en la forma de pensar de toda la población.

Al pueblo estadounidense se le dijo que era una guerra «contra el comunismo». Pero en los medios de comunicación vieron la realidad de ancianos y niños muertos o heridos. Vastas regiones fueron sometidas a bombardeos intensivos, al lanzamiento de napalm y al defoliante «Agente Naranja». Pueblos enteros fueron arrasados por las tropas estadounidenses.

Muchos se dieron cuenta de la locura de la guerra cuando se informó de que un comandante estadounidense, al comentar la batalla de Bến Tre, dijo: «Era necesario destruir la ciudad para salvarla». Se mostró al público cómo Estados Unidos conquistaba territorios, los abandonaba y los reconquistaba poco después. ¿Qué se estaba consiguiendo realmente?

A medida que la guerra se extendía, aumentaban las actividades contra la

guerra en muchos campus universitarios, incluyendo seminarios sobre la guerra. El SDS decidió convocar una marcha contra la guerra en Washington el 17 de abril de 1965. Entre 15.000 y 25.000 personas asistieron a esa manifestación, lo que superó con creces sus expectativas.[6]

El SDS no fue la única fuerza radical que creció, pero sí fue la más grande. También se organizaron varias coaliciones por la paz, que movilizaron manifestaciones masivas y reunieron a muchos jóvenes recién politizados.

Con el crecimiento del movimiento contra la guerra, el liderazgo del movimiento se desplazó hacia la izquierda política. Antes de la Marcha sobre Washington de abril de 1965, el movimiento contra la guerra estaba liderado por SANE, un grupo liberal anticomunista. Ahora, los comunistas, socialistas, pacifistas y jóvenes radicales tomarían la iniciativa.

La guerra se prolongó y el despliegue militar estadounidense aumentó considerablemente. Dialécticamente, también creció su opuesto: el movimiento contra la guerra. Las manifestaciones de finales de octubre de 1967 contaron con 300.000 participantes en la ciudad de Nueva York y otros 50.000 en Washington D.C. Se calcula que hasta 10 millones de personas formaron parte del movimiento durante el transcurso de la guerra.[7]

EL PUNTO DE INFLEXIÓN: LA OFENSIVA DEL TET

El imperialismo estadounidense necesitaba derrotar por completo al movimiento de liberación nacional. Cualquier cosa que no fuera eso significaría que Estados Unidos había perdido. Los vietnamitas sabían que si seguían luchando, ganarían.

El presidente Lyndon B. Johnson aconsejó paciencia y afirmó que la victoria estaba al alcance de la mano. A lo largo de 1967 y hasta el 30 de enero de 1968, el triunvirato formado por el presidente Johnson, el secretario de Defensa McNamara y el general Westmoreland siguió insistiendo en que los comunistas vietnamitas estaban «a punto de ser derrotados». Irónicamente, esto benefició a los comunistas, que lanzaron la Ofensiva del Tet el 30 de enero de 1968.

Tet es la celebración del Año Nuevo vietnamita y una festividad muy importante. La elección de esta fecha para la ofensiva tomó por sorpresa a los imperialistas estadounidenses y al régimen de Vietnam del Sur. El Ejército Popular de Vietnam (PAVN, también conocido como Ejército de Vietnam del Norte) y las unidades guerrilleras del sur, bajo el liderazgo del Frente de Liberación Nacional (NLF), atacaron simultáneamente 100 ciudades, pueblos y bases militares estadounidenses, incluidas partes de la capital del sur, Saigón.

A primera vista, la Ofensiva del Tet fue un fracaso. Al final, los norvietnamitas y el FLN perdieron 45.000 soldados y otros 7000 fueron hechos prisioneros, sin lograr mantener el control sobre ninguno de sus objetivos. Más de 14.000 civiles perdieron la vida. Estados Unidos y sus aliados vietnamitas perdieron más de 6000 soldados y 16.000 resultaron heridos.

Pero estas cifras no fueron lo más importante. La ofensiva masiva supuso un golpe psicológico del que el imperialismo estadounidense nunca se recuperó. Fue impactante para gran parte del pueblo estadounidense que había creído en la propaganda de Johnson. Además, quedó claro para todos que los vietnamitas murieron luchando por liberar a su país del yugo del imperialismo. ¿Por qué murieron los soldados estadounidenses?

La reacción del general Westmoreland ante el Tet fue solicitar otros 200.000 soldados, lo que elevaría el total estadounidense a casi 750.000. Su solicitud se filtró a los medios de comunicación, lo que contribuyó a que la opinión pública pensara que la guerra era imposible de ganar y que las afirmaciones anteriores del Gobierno sobre una «victoria cercana» eran mentira. Muchas personas, incluidos los soldados, comenzaron a darse cuenta de que la gran mayoría de la población vietnamita estaba del lado de los comunistas y se oponía a Estados Unidos y a su régimen títere. Anticipándose a la impopularidad de esta medida, la solicitud fue rechazada.

Por lo tanto, la Ofensiva del Tet fue el punto de inflexión clave en la guerra y una verdadera victoria para los comunistas. El pueblo estadounidense comenzó a desconfiar del Gobierno y a volverse en contra de la guerra, al igual que muchos miembros del ejército estadounidense.

1968: UN AÑO REVOLUCIONARIO

Al igual que el año 1848, 1968 fue claramente un año de revolución. La Ofensiva del Tet tuvo lugar a principios de año y transmitió el mensaje de que el pueblo puede levantarse y luchar contra sus gobernantes.

En mayo, los estudiantes franceses salieron a las calles, seguidos poco después por una huelga general de 10 millones de trabajadores. En Checoslovaquia, la «Primavera de Praga» atrajo cada vez más a los trabajadores hacia la acción política, antes de ser aplastada por los tanques soviéticos en agosto. En México, entre julio y octubre, estalló un movimiento estudiantil masivo que fue reprimido violentamente. Pakistán también vivió una revolución que derrocó al dictador Ayub Khan.

Estados Unidos también vivió una época de agitación y revueltas. Martin Luther King Jr. fue el líder más reconocido del movimiento por los derechos civiles. Se había pronunciado públicamente en contra de la guerra de Vietnam y estaba ayudando a organizar a los trabajadores en sindicatos como parte de su «Campaña por los pobres».

King también hizo declaraciones en apoyo del «socialismo democrático», lo que indicaba que estaba contemplando la posibilidad de oponerse públicamente al sistema capitalista. Estaba bajo vigilancia constante por parte del FBI y, sin embargo, fue asesinado el 4 de abril de 1968.





Cuando se supo que King había sido asesinado, se produjeron levantamientos en más de 100 ciudades, que fueron brutalmente reprimidos por el Estado. Estos levantamientos se produjeron menos de un año después de que hubiera disturbios en más de 150 localidades en respuesta al racismo.

La Ofensiva del Tet también provocó una verdadera división en el Partido Demócrata, entonces en el poder. El senador de Minnesota Eugene McCarthy decidió presentarse contra el presidente Johnson en 1968 y desafiarlo por la nominación del Partido Demócrata basándose en su oposición a la guerra. La campaña de McCarthy cobró verdadero impulso tras el Tet, cuando obtuvo unos resultados sorprendentemente buenos en las primarias de febrero en New Hampshire. Esto animó al senador Robert F. Kennedy a entrar en la carrera como candidato «antiguerra» el 16 de marzo. Poco después, Johnson anunció que no se presentaría a la reelección.

Robert Kennedy fue asesinado posteriormente en junio de 1968, lo que se sumó a la agitación de ese año.

En agosto, una parte del movimiento contra la guerra quiso enfrentarse a los demócratas en su convención de Chicago. Pero el alcalde de Chicago organizó una orgía de represión policial para impedirlo. La policía de Chicago y la Guardia Nacional atacaron brutalmente a los manifestantes con gases lacrimógenos y porras, hiriendo a cientos de personas. Esto se retransmitió en directo por televisión, mientras los manifestantes coreaban «todo el mundo está mirando».

Esto conmocionó a una parte de la población. Ron Ferrizzi, jefe de tripulación de helicópteros estadounidense, al ver los acontecimientos por televisión en Vietnam, recordó más tarde:

> «En ese momento me di cuenta de que cualquiera que realmente se preocupara por Estados Unidos era enviado al otro lado del mundo, persiguiendo a algún fantasma en la selva, matando a la abuela de otra persona, sin motivo alguno. Y mientras tanto, mi país se está desmoronando. Vi a alguien que se parecía a mi padre golpeando a alguien que se parecía a mí. Dios mío, ¿de qué lado estaría yo?»[8]

Finalmente, ocho líderes del movimiento contra la guerra, entre ellos Bobby Seale, de los Black Panthers, fueron juzgados. Aunque cinco de ellos fueron condenados por «cruzar las fronteras estatales con la intención de incitar a la revuelta», sus condenas fueron revocadas en apelación.

Los demócratas nominaron a Hubert Humphrey, el vicepresidente de Johnson. Pero perdió las elecciones frente al republicano Richard Nixon, que prometió poner fin a la guerra, pero «con honor».

1969: EL IMPERIALISMO SE RETIRA

Teniendo en cuenta todo lo anterior, Nixon sabía que tenía que retirar las tropas estadounidenses lo antes posible. El Gobierno se dio cuenta de que no podía alcanzar sus objetivos con las fuerzas terrestres estadounidenses y que necesitaba frenar el creciente movimiento antibélico en el país.

Por lo tanto, comenzaron a retirar tropas a mediados de 1969, y Nixon afirmó que sustituirían a las tropas estadounidenses por soldados vietnamitas en un proceso denominado «vietnamización». Pero, aunque se redujo el reclutamiento militar, cientos de miles de soldados permanecerían en Vietnam, y su retirada gradual no estaba prevista que concluyera hasta noviembre de 1972.

Mientras tanto, en noviembre de 1969 se hicieron públicos los informes sobre la masacre de civiles perpetrada por el ejército estadounidense en la aldea de Mỹ Lai en 1968. Al menos 347 aldeanos desarmados fueron asesinados, mientras que varias mujeres y niños fueron violados.

Al conocer crímenes de guerra como este, el movimiento para detener la guerra siguió creciendo. Entre medio millón y tres cuartos de millón de personas se manifestaron en Washington en noviembre de 1969 contra la continuación del conflicto por parte de Nixon, en lo que fue entonces la mayor manifestación contra la guerra en la historia de Estados Unidos.[9]

Además de las protestas masivas, hubo un aumento en el número de casos de evasión del servicio militar obligatorio. Hubo protestas de jóvenes en las que se quemaron tarjetas de reclutamiento. Durante la

guerra, aproximadamente 570.000 hombres fueron clasificados por el gobierno como «infractores del servicio militar obligatorio».[10]

En 1970, el jefe de un grupo de trabajo gubernamental sobre el servicio militar obligatorio informó de que el número de insumisos estaba «aumentando a un ritmo alarmante» y que el Gobierno era «casi incapaz de detenerlos y procesarlos».[11]

El ala izquierda del movimiento comenzó a sacar conclusiones revolucionarias. Aunque el SDS había comenzado como un grupo liberal de izquierda a principios de la década de 1960, en ese momento la mayoría de sus miembros se consideraban revolucionarios. La convención del SDS de 1969 contó con la presencia de unos 1500 jóvenes, en comparación con los solo 60 que asistieron en 1962. Con más de 100.000 miembros, tenía secciones en muchos colegios universitarios y universidades de todo el país, y en algunos institutos de secundaria.

Además, grupos como los Black Panthers, el Partido Socialista de los Trabajadores (SWP) y otros grupos de izquierda estaban creciendo. Uno de estos grupos era Young Lords, un grupo radical de puertorriqueños de Nueva York y Chicago, inspirado en los Black Panthers y similar a ellos.

Aunque tanto los Black Panthers como los Young Lords se organizaban en torno a cuestiones específicas que afectaban a los habitantes de los barrios urbanos (malas condiciones de vivienda, hambre infantil, brutalidad policial), se identificaban con los movimientos de liberación nacional de todo el mundo, en particular con la lucha vietnamita.

LA REVUELTA DE LOS SOLDADOS

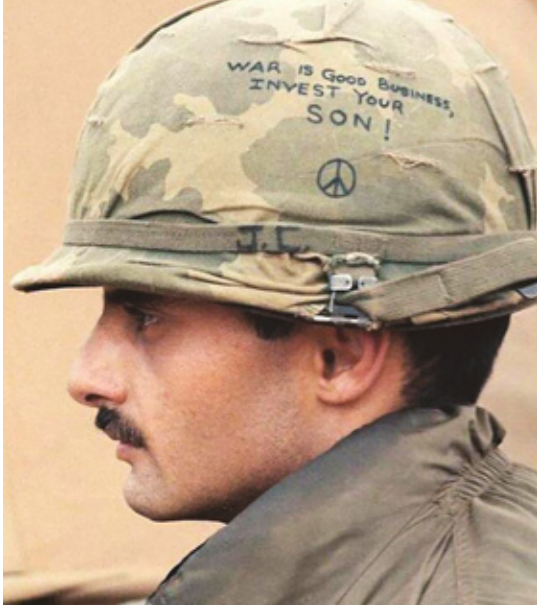
Todo esto contribuyó a la revuelta de los soldados estadounidenses en Vietnam. Ya en 1967, algunos de los soldados y marineros comenzaron a unirse a otros veteranos y fundaron una organización llamada Veteranos de Vietnam contra la Guerra.

Los reclutas más antiguos quizá fueran a Vietnam con ilusiones sobre lo que estaban haciendo, pero la realidad del combate y el horror de la guerra los cambió. Los soldados más nuevos, sin embargo, tenían menos ilusiones desde el principio. Muchos llegaron a Vietnam con sentimientos antibélicos, o al menos escépticos sobre las perspectivas que presentaba el Pentágono.

A mediados de 1969, cuando Nixon comenzó la retirada de tropas, la moral y la disciplina en las unidades de combate comenzaron a desmoronarse por completo. La táctica de «buscar y destruir» se convirtió en «buscar y evitar».

La población en su país se estaba volviendo en contra de la guerra, y muchos soldados se preguntaban: ¿Por qué estoy muriendo? ¿Por qué debo sacrificarme? Las pintadas en sus baños expresaban la ira contra el alto mando militar y los políticos estadounidenses. El alcoholismo y el abuso de drogas iban en aumento.

Finalmente, a partir de 1969, algunos soldados comenzaron a «fragging» a los oficiales que consideraban demasiado entusiastas por la acción. Si las filas no podían convencer a su comandante de que pusiera fin a la «misión», lanzaban una granada de fragmentación dentro de la tienda del oficial. El historiador Richard Gabriel sugirió que al menos 1017 oficiales y suboficiales murieron por fragging, y especuló que hasta un 20 % de los oficiales estadounidenses muertos en Vietnam podrían haber fallecido a manos de sus propios hombres.[12]



El coronel Robert D. Heinl, Jr., historiador del Cuerpo de Marines, escribió sobre el colapso del ejército estadounidense en aquella época:

«La moral, la disciplina y la capacidad de combate de las Fuerzas Armadas de los Estados Unidos son, con algunas excepciones notables, más bajas y peores que en cualquier otro momento de este siglo y posiblemente de la historia de los Estados Unidos.

Según todos los indicadores imaginables, nuestro ejército que permanece ahora en Vietnam se encuentra en un estado cercano al colapso, con unidades individuales que evitan o se niegan a combatir, asesinan a sus oficiales y suboficiales, están sumidas en

Opuesto: Marcha contra la guerra en San Francisco, 15 de abril de 1967

Arriba: Soldado estadounidense, fecha desconocida

Abajo: Bloque de Veteranos por la Paz en la Marcha sobre el Pentágono, 21 de octubre d 1967 (George Louis)





Asociación de Asistentes Docentes en huelga en la Universidad de Wisconsin-Madison en 1970

Opuesto: Manifestante de Kent State Jeffrey Miller asesinado a tiros

las drogas y desanimadas, cuando no al borde del motín.

En otros lugares, aparte de Vietnam, la situación es casi igual de grave…

… Todos los hechos anteriores —y muchos otros indicadores aún más graves de los peores problemas militares— apuntan a unas condiciones generalizadas entre las fuerzas estadounidenses en Vietnam que solo han sido superadas en este siglo por los motines de Nivelle del ejército francés en 1917 y el colapso de los ejércitos zaristas en 1916 y 1917».[13]

LOS TRABAJADORES Y LA GUERRA

Las encuestas revelaron que la oposición a la guerra era predominante en todos los grupos de edad y, de hecho, era mayor entre las generaciones de más edad y las personas con menor nivel educativo.[14] No obstante, la mayor parte de los participantes en las manifestaciones contra la guerra solían ser jóvenes, en particular estudiantes.

Para que el movimiento pudiera realmente atacar las raíces imperialistas de la guerra, era necesario que involucrara la clase obrera organizada. Esto se debe a que, en última instancia, sólo los trabajadores tienen la capacidad de arrebatarles a los capitalistas las riendas de la economía y paralizar la sociedad.

Tras la purga de la izquierda del movimiento obrero a finales de la década de 1940 y en la década de 1950, la AFL (Federación Estadounidense del Trabajo) y el CIO (Congreso de Organizaciones Industriales) se fusionaron en una sola federación sindical. En términos generales, los dirigentes sindicales apoyaban la política exterior del imperialismo estadounidense y colaboraban estrechamente con la CIA.

El 8 de mayo de 1970, se produjo un infame ataque por parte de unos 500 «cascos duros» en Nueva York contra una manifestación de estudiantes contra la guerra. Ninguno de los trabajadores de la construcción que atacaron a los estudiantes fue detenido por la policía, a pesar de que 70 estudiantes resultaron heridos.

Cabe señalar que muchos de los estudiantes de izquierda no intentaron presentar sus ideas de una manera que esta capa de la clase trabajadora pudiera entender. Muchos de estos trabajadores eran veteranos de la Segunda Guerra Mundial y estaban enfadados al ver cómo se quemaba la bandera estadounidense o se trataba de forma irrespetuosa.

El sindicato NYC Building Trades organizó una manifestación para mostrar «amor y apoyo a la bandera estadounidense» el 20 de mayo. En ella participaron unos 50.000 trabajadores, muchos de los cuales fueron obligados por los sindicatos a asistir, y algunos de los cuales recibieron un pago extra por hacerlo. Este episodio reforzó el estereotipo del «trabajador estadounidense conservador».

Es cierto que había sectores de la clase trabajadora que estaban a favor de la guerra de Vietnam. Pero las encuestas mostraban que cuanto menos dinero ganaba la gente, menos apoyo había para la guerra.[15]

La ira de muchos miembros del sindicato hacia la guerra comenzó a surtir efecto. Poco después de la manifestación de los sindicatos de la construcción, unos doce sindicatos de Nueva York organizaron una protesta *contra* la guerra. Entre ellos se encontraban AFSCME (trabajadores estatales, municipales y del condado), trabajadores de la distribución, trabajadores hospitalarios y trabajadores textiles. Aunque asistieron unas 25.000 personas, a estos trabajadores no se les pagó por asistir y lo hicieron en su tiempo libre.

Anteriormente, el 7 de mayo, el líder del Sindicato de Trabajadores del Automóvil (UAW), Walter Reuther, decidió oponerse públicamente a la expansión de la guerra a Camboya. Desgraciadamente, murió en un accidente aéreo dos días después, y algunos sospecharon que se trataba de un acto delictivo.[16] El UAW era muy importante, ya que era un sindicato industrial grande y poderoso, que marcaba el ritmo de los contratos sindicales en aquella época.

Hubo muchas huelgas durante la guerra de Vietnam, especialmente en comparación con la actualidad. Las estadísticas federales sobre los principales paros laborales muestran lo siguiente: en 1969, hubo 412 huelgas en las que participaron más de 1,5 millones de trabajadores. En 1970



hubo 381 paros, en los que participaron casi 2,5 millones de trabajadores. En 1971, hubo 298 huelgas llevadas a cabo por *más de* 2,5 millones de trabajadores. En comparación, en 2023, un año reciente en el que muchos trabajadores estuvieron en huelga, solo se produjeron 35 huelgas en las que participaron 460.000 trabajadores.[17]

No se trataba de huelgas políticas, sino económicas, principalmente por los salarios. La cuestión salarial está relacionada con la inflación, ya que el aumento de los precios merma el nivel de vida de los trabajadores.

La inflación había ido aumentando en la década de 1960 y principios de la de 1970, y la guerra de Vietnam fue una de las principales causas. Una de las causas de la inflación es el gasto público en el ejército y el armamento. Los trabajadores de estas industrias reciben salarios, pero no producen bienes ni servicios de consumo. Esto aumenta la demanda en la economía, pero no la oferta. Los presidentes Johnson y Nixon querían evitar el aumento de los impuestos para una guerra impopular, por lo que recurrieron al gasto deficitario para «armas *y* mantequilla». Entre enero de 1963 y enero de 1971, la inflación subió un 32 por ciento.[18]

Miedo a la revolución

No hay duda de que, a principios de la década de 1970, muchas figuras de la clase dirigente y del aparato estatal estaban empezando a preocuparse. Se produjo un aumento de las huelgas y de los problemas económicos que las provocaban, en particular la inflación. A esto se sumaban el movimiento por los derechos civiles y la revuelta negra, el movimiento feminista y la «contracultura» juvenil en general. Hubo revueltas de presos y el auge del Movimiento Indígena Americano.

El país estaba llegando a un punto crítico, mientras que en Vietnam la moral de las tropas estadounidenses se estaba derrumbando. El destacado marxista Ted Grant comentó en el verano de 1972:

> «Este fue el ejército más desmoralizado de la historia. Si hubiera habido un movimiento socialista fuerte en Estados Unidos, los capitalistas estadounidenses se habrían enfrentado a una revolución socialista en estas condiciones».[19]

El movimiento contra la guerra se estaba convirtiendo en un punto focal que unía todas estas luchas diversas. Precisamente por eso, la clase dominante podía verlo como un peligro que amenazaba su sistema.

Aunque se vio obligado a retirar las tropas terrestres, Nixon cambió su estrategia y pasó a bombardear e invadir Camboya (inicialmente en secreto) en 1969-70, y Laos en 1971. Supuestamente, el objetivo era impedir el paso de suministros y refuerzos por la «ruta Ho Chi Minh», con lo que Nixon pensaba poder obligar a Vietnam del Norte a sentarse a la mesa de negociaciones.

Esto provocó una furiosa reacción interna. Nixon apareció en televisión el 30 de abril de 1970 para anunciar la invasión terrestre de Camboya, lo que desencadenó manifestaciones espontáneas durante los días siguientes.

El 4 de mayo, los estudiantes se reunieron en la Universidad Estatal de Kent, en Ohio, para protestar contra la guerra. La policía afirmó que la manifestación era «ilegal» y llamaron la Guardia Nacional. Algunos soldados de la Guardia Nacional



Protesta de Estudiantes por una Sociedad Democrática (SDS) en Harvard, 1969
(© AP / J. Walter Green / Alamy)

Opuesto: Nixon en un periódico del SDS

comenzaron a disparar sus rifles, matando a cuatro estudiantes e hiriendo a muchos otros.

Después de Kent State, más de 4 millones de estudiantes y otras personas participaron en algunas de las protestas contra la guerra más grandes y extendidas de la época, en las que se involucraron al menos 883 campus de todo el país.[20], [21] Los asesinatos de Kent State fueron otro punto de inflexión para la conciencia de millones de personas. Se suponía que toda la premisa de la guerra era «defender la democracia». Pero aquí se mató e hirió estudiantes simplemente por expresar su oposición al conflicto.

Si hubiera existido un partido comunista de masas capaz de unir todas las luchas populares bajo un programa socialista, se habría podido materializar el enorme potencial de la clase obrera para transformar la sociedad. Lamentablemente, en aquel momento no existía ningún partido de este tipo. Ni siquiera existía el núcleo de un partido así.

Como resultado, el movimiento comenzó a entrar en una fase de declive tras el dramático auge que siguió a los tiroteos de la Universidad Estatal de Kent.

EL REFLUJO DEL MOVIMIENTO

Una cosa está clara: cuando el Gobierno estadounidense comenzó a retirar un número considerable de tropas de Vietnam, se produjo un descenso drástico en el número de personas que participaban en el movimiento contra la guerra.

El movimiento contra la guerra nunca tuvo un liderazgo centralizado. Siempre estuvo compuesto por diferentes alas. Había liberales, pacifistas, elementos religiosos y la «vieja izquierda», así como la denominada «nueva izquierda».

El fracaso histórico tanto del Partido Comunista como del Partido Socialista de los Trabajadores a la hora de atraer a la clase obrera estadounidense y formar a las nuevas capas sociales (como los Black Panthers y los Lords) dejó un enorme vacío. Así, la «izquierda» pequeñoburguesa ocupó ese espacio.

SDS, una de las mayores organizaciones de jóvenes radicalizados, era en sí misma una organización ecléctica. Sus dirigentes se consideraban parte de la Nueva Izquierda, que rechazaba la «Vieja Izquierda» de los estalinistas, trotskistas y socialdemócratas. Estaba influenciada por los académicos pequeñoburgueses de la «Escuela de Frankfurt», especialmente Herbert Marcuse, quien sostenía que la clase obrera estaba demasiado corrompida por los bienes de consumo y la propaganda burguesa como para desempeñar cualquier papel revolucionario. Nunca hubo una tendencia seria en el SDS que realmente estudiará el marxismo genuino, ni pensaran en aprender de la historia.

En general, la Nueva Izquierda descartó a la clase trabajadora estadounidense. Consideraban que cualquier revolución provendría de los estudiantes y otros sectores oprimidos, basándose en la raza, el sexo, la edad y la sexualidad. No veían ninguna razón para construir un partido revolucionario. Pensaban que los actos de resistencia incitarían a parte de la población a la rebelión y la revolución. En ese sentido, eran como los Narodniks rusos de la década de 1880, pero adaptados a la América de los años sesenta.

Situada entre los capitalistas y la clase trabajadora, la política pequeñoburguesa tiende por naturaleza a oscilar entre el oportunismo y el ultraizquierdismo, y viceversa. Al centrarse en el «individuo», los pequeñoburgueses tienden a mirar hacia dentro, lo que da lugar a movimientos divididos, en lugar de concentrarse en lo que puede unirlos. Buscan trucos y «éxitos instantáneos», en lugar de adoptar una visión a más largo plazo. Tienden a sustituir las acciones de un movimiento de masas por las de una pequeña minoría. Y se niegan, o son incapaces, de ver que la clase con el poder potencial y el interés para cambiar realmente la sociedad (la clase trabajadora) es la clave.

Sin una base teórica clara para su programa, el SDS se dividió en 1969. Al final, muchos de los miembros del SDS se unieron a los numerosos grupos que conformaban la izquierda sectaria de la década de 1970.

Los Black Panthers y los Young Lords se separaron debido a la brutal represión estatal, junto con sus propias debilidades internas. Estos partidos comenzaron con unas pocas personas y crecieron rápidamente. El liderazgo fue improvisado e incluyó una mezcla ecléctica de ideas. Parte de su actividad se centró en la construcción del partido, mientras que otra parte consistió en la gestión de programas de servicios sociales, como proporcionar desayunos gratuitos a los niños de los barrios. Inevitablemente, surgieron desacuerdos. Estos no se gestionaron de manera que se organizaran debates para elevar el nivel teórico de los miembros, lo que condujo a peleas y divisiones desmoralizadoras.

El movimiento contra la guerra se organizó principalmente como una coalición «monotemática». Gran parte de ello se debió al análisis que los líderes hicieron de la guerra. ¿Consideraban la guerra como el resultado inevitable del imperialismo? ¿O eran, como muchos liberales, contrarios a la guerra únicamente porque Estados Unidos la estaba perdiendo?

El movimiento solo estableció vínculos con la clase obrera organizada en sus últimos años, pero incluso entonces la clase obrera no era su fuerza motriz. Parte de la culpa puede atribuirse a los líderes sindicales. Pero los líderes del movimiento contra la guerra no hicieron ningún esfuerzo concertado para atraer a los trabajadores de base, apoyar las huelgas sindicales y vincular los distintos temas, especialmente en lo que respecta a la inflación.

Aunque fueron los jóvenes de la clase trabajadora quienes llevaron a cabo la mayor parte de la lucha en Vietnam, la Nueva Izquierda siguió mostrándose hostil hacia la clase trabajadora, lo que limitó gravemente el movimiento.

FRACASO DEL LIDERAZGO

El 28 de enero de 1973 entró en vigor un alto el fuego, momento en el que casi todas las tropas de combate estadounidenses ya

se habían retirado. A raíz de ello, el régimen comparador de Vietnam del Sur siguió perdiendo apoyo, hasta que se derrumbó en 1975.

Las imágenes de los helicópteros en el tejado de la embajada estadounidense y las fotos de los helicópteros y otros equipos siendo arrojados al océano desde portaaviones estadounidenses dejaron claro que el poderoso coloso del imperialismo estadounidense había sufrido una gran derrota. Fue un momento histórico notable, que tuvo un profundo impacto en la sociedad en general, sacudiendo muchas de las ilusiones que la población tenía en las instituciones gobernantes.

La etapa final de la guerra de Vietnam coincidió con el fin del auge de la posguerra. Con la crisis mundial del capitalismo que se produjo en 1973, los trabajadores estadounidenses iban a sufrir durante décadas los ataques de la clase capitalista contra sus salarios, prestaciones y condiciones laborales.

Si hubiera habido un liderazgo revolucionario, el movimiento contra la guerra de Vietnam se habría unido a la clase obrera y al movimiento por los derechos civiles y habría ayudado a forjar un verdadero partido obrero. Cuando tanto la guerra como el movimiento llegaron a su fin, el liderazgo revolucionario podría haber reorientado la lucha hacia la batalla por el empleo y contra las concesiones a los patrones. Por lo tanto, es necesario considerar por qué nunca surgió ese liderazgo.

El Partido Comunista de Estados Unidos (CPUSA) fue el grupo más grande de la izquierda estadounidense desde principios de la década de 1920. En 1928, el estalinismo se apoderó del partido. Bajo el liderazgo estalinista, adoptó políticas oportunistas en su mayor parte a partir de 1936. El partido perdió muchos de sus miembros en 1956 debido a dos acontecimientos: la Revolución Húngara de 1956, que fue reprimida por las tropas soviéticas, y las revelaciones de Jruschov sobre el reinado de terror de Stalin.

En la década de 1960, el CPUSA desempeñó un papel lamentable en lo que respecta al movimiento contra la guerra. Continuaron siguiendo los pasos de los demócratas, al menos de los demócratas «contra la guerra». No pidieron la retirada inmediata de las tropas estadounidenses, sino que el Gobierno de Estados Unidos negociara con los vietnamitas.

La principal alternativa al CPUSA estalinista era el Partido Socialista de los Trabajadores (SWP). Después de que Trotski fuera exiliado de la URSS a finales de la década de 1920, hizo todo lo posible por formar una nueva capa de cuadros marxistas. Durante este período, ninguna sección de la Oposición de Izquierda Internacional (y más tarde de la Cuarta Internacional) recibió más ayuda de Trotski que la sección estadounidense, que fundó el SWP en 1938.

Sin embargo, los principales cuadros estadounidenses nunca fueron capaces de comprender el método dialéctico del marxismo y aplicarlo a su análisis de las perspectivas y la construcción del partido. Tras el asesinato de Trotski en 1940, no había nadie a quien la dirección escuchara y que pudiera guiarla por el camino correcto cuando cometía errores.

El enfoque mecánico y, en última instancia, no marxista del SWP les llevó a perder oportunidades durante y después de la Segunda Guerra Mundial. El período de posguerra fue sin duda un período difícil para la izquierda revolucionaria en todos los países capitalistas avanzados, pero especialmente en Estados Unidos. La tarea consistía en formar cuadros y luego aprovechar las nuevas oportunidades que eventualmente se presentarían, como claramente hicieron en la década de 1960 con los movimientos por los derechos civiles y contra la guerra. El SWP aprovechó estas oportunidades hasta cierto punto, pero al carecer de la brújula teórica necesaria, se decantó por una dirección oportunista.

¿CONSTRUIR EL MOVIMIENTO O UN PARTIDO REVOLUCIONARIO?

La estrategia del SWP con respecto a la guerra de Vietnam se basaba básicamente en buscar atajos para construir su partido y aceptar un enfoque reformista hacia la guerra. El SWP abandonó por completo el sentido de la proporción. Sus líderes consideraban que el papel del partido era construir un movimiento contra la guerra lo suficientemente grande como para poder forzar la retirada del ejército estadounidense. Al parecer, tras esta etapa, podrían entonces emprender la lucha por el socialismo.

Parece que asumieron que la construcción del partido sería un resultado automático de este movimiento exitoso. Su énfasis estaba en construir el movimiento, no en construir el partido y formar cuadros marxistas. La «formación» que recibían los nuevos miembros consistía simplemente en cómo organizar grandes manifestaciones.

El SWP fue la fuerza dominante en el Comité de Movilización Estudiantil para Acabar con la Guerra de Vietnam, especialmente desde 1967. Este comité organizó numerosas manifestaciones locales y nacionales. El problema es que el objetivo principal era conseguir que acudiera el mayor número posible de personas a las manifestaciones, utilizando el denominador común de «*Out Now*» (fuera ya).

El líder del SWP, Fred Halstead, justificó su enfoque en su libro, *Out Now*:

> «*El SWP defendió la autonomía del movimiento contra la guerra como fuerza de masas*. […] *El movimiento era un frente único de un tipo especial*, no entre organizaciones de masas de la clase obrera por un conjunto concreto de reivindicaciones, sino entre elementos diversos y multiclasistas cuyo único vínculo de unidad era oponerse a la guerra. *Tenía que limitarse a llevar a cabo acciones en torno a ese objetivo central para mantenerse unido*».[22] (El énfasis es nuestro).



Pero mientras sus miembros se afanaban por conseguir una gran participación en las manifestaciones, ¿quién del partido estaba planteando los argumentos políticos contra el capitalismo en general? Es decir, que incluso si la guerra terminaba, a menos que la clase obrera tomara el poder, el imperialismo estadounidense seguiría existiendo y habría más guerras de este tipo. Y que para que los trabajadores llegaran al poder, necesitaban un partido, y ese partido debía construirse.

Aunque la dirección del SWP pudiera haber dicho que estaba de acuerdo con todo esto, no era así como formaba y desplegaba a su gente. La razón era que si demasiados compañeros defendían la lucha de los trabajadores contra el imperialismo, eso habría ido en contra de la coalición multiclase (este «frente único de tipo especial») al alejar a los elementos procapitalistas.

Todo este enfoque muestra lo poderosos que eran el pragmatismo y el empirismo en la dirección del SWP. Querían centrarse en el aquí y ahora: detener la guerra. Sin embargo, el enfoque principal debería haber sido cómo *construir el partido* de la mejor manera posible y ganarse a una sección más amplia del movimiento para una perspectiva y un programa revolucionarios.

Junto con este oportunismo, el SWP tenía un enfoque sectario hacia el SDS. ¿Por qué los comunistas no se unieron al SDS cuando estaba creciendo? ¿Por

qué no intentar ganarse a algunos de estos estudiantes radicalizados? El SDS estaba abierto a los jóvenes que buscaban respuestas. De hecho, el grupo sectario maoísta, el Partido Laborista Progresista, terminó ganándose a muchos de estos estudiantes. Pero dada la incapacidad de su programa para conectar con los trabajadores de EE.UU., el potencial de estos estudiantes se desperdició.

El SWP creció a partir de su intervención en el movimiento contra la guerra de Vietnam, pero la base de reclutamiento era bastante reducida. Al final, ¿qué se logró? En 1959, el SWP tenía unos 600 miembros en 12 ciudades diferentes, con aproximadamente 100 en Nueva York y Los Ángeles. En 1977, dieciocho años después, contaba con unos 1760 miembros en más de 50 ciudades, con 2000 en su organización juvenil, algunos de los cuales eran miembros del partido y otros eran simpatizantes. Este fue el momento álgido del SWP.

Si hubieran adoptado un enfoque diferente, el SWP podría haber crecido aún más, dadas las oportunidades que surgieron. Poco después de 1977, el SWP entró en un período de estancamiento y, posteriormente, en un período de fuerte declive con una espiral de escisiones y expulsiones.

Lo que está claro es que construyeron el partido principalmente con el objetivo de movilizar a la población para detener la guerra, y no educaron adecuadamente a sus nuevos miembros como cuadros marxistas. El SWP publicó muchos libros, pero no se hicieron grandes esfuerzos para asegurarse de que los nuevos miembros o los más antiguos los leyeran realmente. Esto se puede ver en la rapidez con la que el SWP se desintegró a principios de la década de 1980.

LA TAREA DE LOS COMUNISTAS

En un movimiento amplio como el movimiento contra la guerra, es evidente que hay diversos grupos políticos que representan a diferentes clases y capas de la sociedad. El papel de los marxistas es intervenir en esos movimientos y conectarlos con la clase obrera. También es llevar los temas de la guerra a la clase obrera. El método de intervención consiste en arrojar luz sobre las causas fundamentales de la guerra y explicar que solo la clase obrera en el poder puede conducir a un mundo socialista, que es la única base para una paz duradera.

Una vez que comenzó la ruptura con el presidente Johnson en 1968, los demócratas contrarios a la guerra intentaron cooptar el movimiento. Los comunistas deberían haber planteado la exigencia de que el movimiento contra la guerra no cayera en esa trampa y que presentará candidatos de forma independiente. El movimiento debería haber pedido a los sindicatos que rompieran con los demócratas y crearán un partido laborista. Incluso si una parte del movimiento contra la guerra no estuviera de acuerdo con esto, tal enfoque habría abierto más apoyo para los comunistas y habría ayudado a conectar el movimiento con la clase trabajadora.

Era evidente que el SDS había conseguido la mayor parte de los jóvenes radicalizados, muchos de los cuales buscaban un camino a seguir y estaban abiertos a las ideas del comunismo revolucionario. No se trataba de ganarse a todo el SDS, sino de reclutar a los mejores elementos.

Era absolutamente correcto que los comunistas participaran en el movimiento contra la guerra y ayudaran a construirlo. Sin embargo, esto debía hacerse sin diluir sus ideas ni ocultar su bandera. La conciencia revolucionaria no se desarrolla de manera lineal; en determinadas condiciones, puede alcanzar su plenitud de golpe. Presentar las ideas de forma clara y audaz puede reportar mucho más que hacerlo de manera vacilante y poco entusiasta.

Un enfoque correcto por parte de un pequeño número de marxistas genuinos en 1964 y después podría haber creado una fuerza mucho mayor con la que construir un partido comunista de masas en los Estados Unidos hoy en día. Sin embargo, en última instancia, el SWP no se encontraba en una situación política lo suficientemente sólida como para poder hacerlo.

NUESTRAS TAREAS HOY

No podemos simplemente copiar y pegar la historia en las condiciones actuales, pero podemos aprender lecciones del pasado y adaptarlas hábilmente a las condiciones actuales.

La burguesía ha aprendido la lección de la experiencia de Vietnam. En 1973 eliminó el servicio militar obligatorio y nunca lo volvió a instaurar, ni siquiera durante las guerras de Irak y Afganistán. Ha comprendido que hacerlo podría conducir a una repetición de lo ocurrido entre 1965 y 1972, pero a un nivel mucho mayor.

Las guerras continuarán mientras exista el capitalismo. Inevitablemente, algunas de ellas darán lugar a movimientos masivos contra la guerra, como ha demostrado el genocidio de Israel contra los palestinos. Los comunistas vinculan la opresión de los palestinos con el capitalismo y el imperialismo estadounidense. El camino hacia su liberación pasa por la revolución socialista mundial.

Los más comprometidos de estos jóvenes han comenzado a sacar conclusiones revolucionarias, y debemos esperar que capas más amplias se inclinen hacia las ideas comunistas. Los comunistas que aprendan las lecciones del pasado estarán más preparados para aprovechar estas oportunidades presentes y futuras de convertir al partido en una fuerza de masas capaz de llevar a la clase obrera a la victoria en todo el mundo. ■

Referencias en línea
americasocialista.org
/amsoc42
o escanea el código QR



Centro Marx

centromarx.org/
contactenos



LA MONTAÑA MÁGICA

UN RETRATO DE LA DECADENCIA CAPITALISTA



La novela de Thomas Mann *La montaña mágica* resume brillantemente la impotencia de la burguesía para seguir impulsando el progreso de la sociedad. Esta reseña de **Daniel Morley** explora cómo la barbarie de la Primera Guerra Mundial sacudió profundamente la visión de Mann y cómo su libro capta con perspicacia la decadencia de una clase que ha sobrevivido a su función histórica.

La montaña mágica, de Thomas Mann, es una obra maestra de la literatura del siglo XX. Es un libro que resume la crisis de la burguesía en su período de declive.

A través de sus personajes y su escenario en las montañas suizas, el libro expresa la impotencia y la confusión de la burguesía alemana y europea, así como el callejón sin salida de su sistema social. Aunque el libro está escrito en un estilo mayoritariamente realista, el escenario y los acontecimientos tienen un sutil carácter surrealista, que sirve para transmitir la sensación de una clase que vive con los días contados.

La historia sigue un graduado burgués completamente normal, Hans Castorp, mientras visita a su primo en un lujoso sanatorio para tuberculosos en Davos. Con la intención de quedarse solo tres semanas, Hans se ve absorbido por la ineludible órbita del sanatorio, con su estilo de vida «horizontal» y mimado. La novela abarca los siete extraños años de su estancia y las cosas políticas, científicas y sexuales que aprende durante ese tiempo.

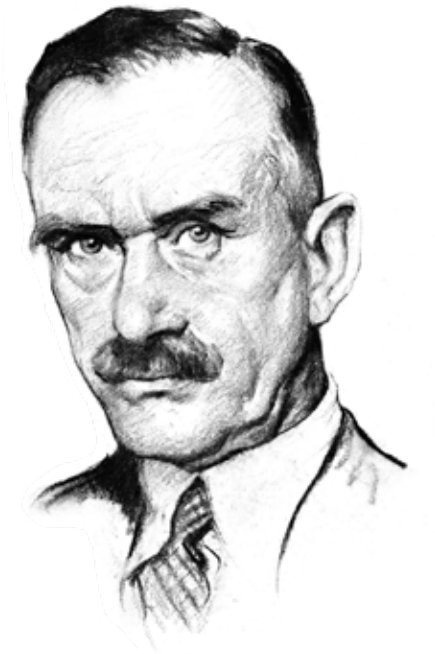
EL IMPACTO DE LA PRIMERA GUERRA MUNDIAL

Mann comenzó a escribir el libro en 1912, antes del estallido de la Primera Guerra Mundial, después de visitar a su hermana en el mismo sanatorio en el que se desarrolla la novela. Durante su estancia allí, al igual que el protagonista de la novela, fue examinado por un médico que supuestamente detectó alguna imperfección en los pulmones de Mann y le recomendó una estancia de varios meses. Aunque logró evitar el letárgico encanto de ese lugar, la posibilidad de abandonarse a él se le quedó grabada.

Mann era un miembro muy culto de la burguesía alemana, y sus libros expresaban las contradicciones y crisis que atravesó esta clase a principios del siglo XX. Estaba inmerso en los problemas de la burguesía, sus inquietudes, su alma. Comprendía profundamente su psique en esta época de revolución y contrarrevolución, en particular su indecisión, su división en facciones enfrentadas de liberales progresistas y reaccionarios acérrimos.

Al comienzo de la guerra, Mann compartía inicialmente el creciente sentimiento de irracionalismo y pesimismo de su clase. Sus filósofos favoritos eran Schopenhauer y Nietzsche, quienes promovían un individualismo elitista, y este último creía en la necesidad de que las élites dominaran el mundo. Por lo tanto, había sido un ferviente partidario de la

Fotografía editada del macizo del Monte Rosa, Alpes Lepontinos, Suiza



entrada de Alemania en la Primera Guerra Mundial, que consideraba una forma de que los alemanes se sumergieran en su propia cultura.

Sin embargo, los horrores de la guerra le obligaron a cambiar su visión del mundo. Se preocupó profundamente por los peligros del irracionalismo nietzscheano y su filosofía de dominación aristocrática. En su lugar, recurrió a la razón y la ciencia para guiar a la humanidad hacia un futuro más justo. Como resultado, el libro fue revisado y ampliado hasta convertirse en una historia épica, enriquecida por la crisis de la sociedad alemana y europea que representaba la guerra.

Por eso Mann escribió *La montaña mágica* como una tragedia. El libro tiene la muerte y la enfermedad como temas recurrentes, y tiene un carácter introspectivo, lento y onírico. En conjunto, tiene una atmósfera de impotencia, algo así como un sueño en el que uno está luchando, pero no puede dar un puñetazo, como si estuviera sumergido en agua.

ENFERMEDAD DEL SISTEMA

Cuando Hans llega, es nuevo en este mundo. Es de las «tierras llanas», como los huéspedes se refieren a los que no son pacientes, de forma muy parecida a como los piratas supuestamente se refieren a todos los demás como «marineros de agua dulce». En el espacio de una o dos semanas, le presentan a una gran variedad de personajes y le enseñan las características y los rituales de la vida en este sanatorio. Aprende cosas extrañas, como que aquí arriba:

> «… la enfermedad es una marca de honor, una confirmación [para los pacientes] de su estatus de élite. Animados por el director del sanatorio, el Dr. Behrens, se sienten orgullosos de su enfermedad y hablan de la capacidad de adquirirla como un «talento»».[1]

Mann estaba preocupado por lo que consideraba una peligrosa fetichización de la enfermedad, la muerte y el pasado idealizado en la cultura europea de la época. El escenario de este exclusivo sanatorio repleto de hipocondríacos ricos es una genialidad, porque resalta esa atmósfera de decadencia que impregna el capitalismo en su etapa más avanzada de desarrollo.

Las décadas previas a la Primera Guerra Mundial se conocieron en Europa como la Belle Époque (la «época dorada»). En esas décadas, Europa experimentó un auge y se integró aún más, y se vivió una paz y una estabilidad sin precedentes. Pero ese auge no hizo más que sentar las bases para la crisis imperialista que culminó en la catástrofe de la Primera Guerra Mundial.

Para un burgués como Mann, esto significaba que, en retrospectiva, la Europa de la Belle Époque no había logrado grandes cosas, sino que había caminado sonámbula hacia el desastre. Parafraseando a Marx, hay décadas en las que no pasa nada y hay días en los que pasan décadas. Si en los cuatro años de la Primera Guerra Mundial se comprimieron acontecimientos equivalentes a muchas décadas, entonces las décadas que la precedieron fueron como meros días.

De esta manera, la confusa y caótica experiencia subjetiva del tiempo constituye un tema clave en este libro. El letargo del sanatorio representa a Europa en su conjunto en las décadas previas a la Primera Guerra Mundial.

La avalancha de nuevas experiencias en tan poco tiempo hace que Hans sienta como si llevara allí toda una vida, cuando en realidad solo han pasado una o dos semanas. Mann filosofa sobre cómo, aunque se entiende comúnmente que la emoción hace que el tiempo vuele, también parece alargarlo, ya que está tan lleno de acontecimientos. En este complejo turístico aislado, estos individuos burgueses enfermizos desperdician los días que les quedan, coqueteando y cotilleando mientras los años pasan literalmente:

> «Esperar significa apresurarse, significa considerar el tiempo y el momento presente no como una bendición, sino como un obstáculo; significa anular su contenido real, superándolos mentalmente. Decimos que la espera es larga. Podríamos decir, con la misma precisión, que es corta, ya que consume espacios de tiempo enteros sin que los



Arriba: Thomas Mann, ilustración de Samuel Johnson Woolf, 1934

Abajo: Imagen del futuro tomada de «Gas War» (1916), Rudolf Eberle

Opuesto: Schatzalp, el sanatorio de Davos en el que se alojó Mann y escenario de *La montaña mágica* (Biblioteca ETH de Zúrich, Archivo de imágenes / LBS_H1-011619)

vivamos ni les demos ningún uso como tales. Podemos comparar a quien vive en la expectativa con un hombre codicioso, cuyo aparato digestivo procesa grandes cantidades de comida sin convertirla en nada de valor ni nutritivo».[2]

En este ambiente mimado, una actitud decadente y excesivamente irónica o cínica envuelve a los pacientes, como advierte Hans al personaje Settembrini, que representa al último de los burgueses progresistas de Europa:

«Guárdate de ese tipo de ironía que prospera aquí arriba [...], porque conduce a la depravación, se convierte en un obstáculo para la civilización, en un tráfico impuro con las fuerzas de la reacción».[3]

Por lo tanto, se trata de una obra altamente simbólica que refleja los problemas de su época, al menos desde el punto de vista burgués. La barbarie de la Primera Guerra Mundial reveló de manera innegable el callejón sin salida de la sociedad burguesa, y Mann pudo ver cómo se instalaba la podredumbre intelectual.

El genio de Mann consistió en percibir la profundidad y la importancia de esta tendencia a principios del siglo XX, y en elegir un escenario y una trama tan adecuados para ponerla de manifiesto de forma plausible, especialmente a través de la indecisión de sus personajes. Como explica al principio del libro:

«Un hombre no solo vive su vida personal, como individuo, sino también, consciente o inconscientemente, la vida de su época y de sus contemporáneos [...] si la vida que le rodea, si su propia época, por muy estimulante que parezca exteriormente, parece en el fondo carente de alimento para sus aspiraciones; si en privado reconoce que es desesperanzada, sin perspectivas, impotente, oponiéndose solo con un silencio hueco a todas las preguntas que el hombre se plantea [...], entonces, en tal caso, es inevitable que se produzca una cierta paralización de la personalidad».[4]

EL CALLEJÓN SIN SALIDA DE LA BURGUESÍA

Aunque el libro trata sobre ideas, atrae al lector como una «*Bildungsroman*», que es una historia de desarrollo personal o de madurez. De este modo, nos involucramos emocionalmente en la experiencia de Hans y compartimos su perspectiva como forastero en este extraño entorno. Su viaje personal es también una odisea por las ideas y los problemas de la burguesía europea en lo que parece ser una encrucijada, pero que en realidad es un callejón sin salida.

Un punto clave de la novela es el enamoramiento romántico que Hans siente por una mujer rusa llamada Clavdia. La conocemos de forma indirecta: Hans se



molesta al oír cómo ella da un portazo a la puerta del comedor. Mann describe con maestría la fijación de Hans por los molestos gestos de ella, logrando de alguna manera transmitir al lector que esto es una señal de que está enamorado de ella (o más bien, de la idea que tiene de ella), y no de que le desagrade.

El «romance» de Hans con Clavdia es todo excitación, expectación y ansiedad. Se mantiene eufórico durante una semana solo por el hecho de que ella se cruzó con él en el pasillo de tal manera, y en un momento tan inusual, que Hans tiene motivos para creer que lo hizo deliberadamente, solo para verlo.

El lector se divierte y, al mismo tiempo, se ve emocionalmente absorbido por este juego romántico del escondite. El juego de Hans con Clavdia es típico de la obsesión burguesa generalizada del sanatorio por los chismes, el estatus y las formas, y de su atmósfera de cortesía incómoda. Mann crítica con gran ironía a estos individuos aburridos y ansiosos, a estos tontos insulsos que intentan interesarse unos por otros con miradas furtivas.

Al igual que Oblómov, de Goncharov, describía la indolencia de la aristocracia rusa del siglo XIX, la incapacidad de Hans para dar un paso adelante con Clavdia refleja la impotencia y la indecisión de la burguesía europea del siglo XX.

IRRACIONALIDAD

El pesimismo y el cinismo (o «debilidad de la personalidad») característicos de la burguesía en su periodo de declive tendían a fomentar el crecimiento del misticismo religioso y otras ideas irracionales, cuyo ejemplo más extremo fue el nazismo y sus fantasías sobre el paganismo del norte de Europa.

Esto dio lugar a extrañas paradojas, ya que el misticismo convivía con los descubrimientos cada vez más avanzados y complejos de la ciencia y la tecnología. La ciencia se había vuelto demasiado avanzada para que la mayoría de la gente la entendiera y tenía sus propios procedimientos que a muchos les habrían parecido mágicos. Esta mezcla de lo real y lo surrealista fue un tema destacado en la literatura «modernista» de la época, de la que se considera un clásico la obra de Mann *La montaña mágica*.

En un momento dado, Hans se somete a una radiografía, un proceso que implica procedimientos misteriosos, una sala oscura y destellos eléctricos, seguido de la inquietante visión de sus propias entrañas mostrándose en tiempo real. La radiografía adquiere un significado profundamente emocional, casi espiritual, para Hans, y la imagen capturada se asocia en un momento dado con una sesión de espiritismo, lo que implica que, para la gente corriente como él, esa tecnología es como magia oculta. La impresión es la de personas confundidas por la tecnología en la que acaban confiando, como le señala el importante personaje de Naphta a Hans:

«Los aviadores, los hombres voladores, dijo, eran en su mayoría gente mala, poco fiable y, sobre todo, extremadamente supersticiosa. Llevaban mascotas a bordo [...], escupían tres veces en diferentes direcciones y llevaban guantes de aviadores afortunados. ¿Cómo podía conciliarse esa irracionalidad

primitiva con la concepción del universo que subyacía a su vocación?»[5]

El hecho de que la visita de Hans, inicialmente prevista para tres semanas, se convierta en una estancia de siete años, encarna esta contradicción. Su estancia se prolonga después de que el médico le detecta una «mancha húmeda» en los pulmones y su temperatura suba hasta situarse en la zona gris entre lo saludable y lo febril.

El diagnóstico de Hans nunca se explica con claridad. En un momento dado, se le toma la temperatura con un termómetro sin marcas, lo que permite al médico declarar la temperatura que desee. Por supuesto, los médicos de este hospital privado tienen un interés particular en utilizar su dominio de la ciencia para prolongar la estancia de cada paciente. Todo ello contribuye a crear una atmósfera sutilmente surrealista, en la que nunca se puede estar seguro de lo que es objetivamente cierto y en la que ni siquiera los pacientes ricos comprenden realmente su situación ni tienen control sobre ella.

Este dilema, esta ansiedad burguesa por la ciencia y la verdad, se dramatiza en las feroces discusiones entre Settembrini, que cree fervientemente en la razón y en la capacidad de las repúblicas burguesas para liberar gradualmente a la humanidad, y Naphta, un jesuita oscurantista opuesto a la ciencia.

Settembrini advierte contra la idealización de la enfermedad y la muerte como algo digno, y aboga por el uso de la ciencia para abolir en la medida de lo posible el sufrimiento humano. En respuesta, Naphta descalifica la ciencia como «una creencia más»:

> «Mi buen señor, no existe tal cosa como el conocimiento puro [...]. La fe es el vehículo del conocimiento, el intelecto es secundario. Su ciencia pura es un mito. Una creencia, una concepción dada del universo, una idea —en resumen, una voluntad— siempre existe».[6]

Pregunta si «el átomo, esa bonita broma matemática de la partícula más pequeña e indivisible de la materia, ¿ha sido demostrada su existencia sin lugar a dudas?».[7] Con esta afirmación, Naphta se hacía eco de destacados científicos de la época, como Ernst Mach, que negaban no solo la existencia del átomo, sino también la de la verdad objetiva en su conjunto.

Burlándose de las extravagantes afirmaciones sobre el tamaño del universo, le dice a Hans que «la sencillez de un niño, que piensa que las estrellas son agujeros en la tienda del cielo, a través de los cuales brilla la luminosidad eterna»,[8] es tan digna de crédito como la charla sobre enormes bolas de fuego a años luz de distancia, que se espera que creamos solo porque nos lo ha dicho un científico. En esto, Naphta se parece a cualquier intelectual posmodernista célebre de nuestra época. De hecho, ambos reflejan el misticismo y el pesimismo de la filosofía burguesa en su período de declive.

Por muy negativo y aterrador que sea Naphta, Settembrini lucha por convencer a Hans en su contra, porque su liberalismo ilustrado se ha vuelto tan estéril, abstracto y unilateral. Su creencia anticuada en el Estado-nación republicano como institución racional y garante de la libertad resulta especialmente poco convincente en la era del colonialismo y en vísperas de la Primera Guerra Mundial. Settembrini no puede contrarrestar los ataques de Naphta contra la hipocresía del Estado-nación. La burguesía es incapaz de defender la ciencia y la razón, porque se basa en un sistema irracional e injusto.

Los argumentos reaccionarios de Naphta contra el liberalismo son convincentes porque contienen más que una pizca de verdad, lo que siempre ha sido el caso de los reaccionarios que critican el mundo moderno. El carácter de Naphta se define por su amor por el sufrimiento, el castigo y el rechazo de la razón y el progreso, por lo que su jesuitismo es adecuado. Sin embargo, también es supuestamente «comunista» y, en ocasiones, despotrica sobre la



La isla de los muertos (Versión 3) (1883), Arnold Böcklin

necesidad de destruir el mundo burgués y causar un enorme terror y sufrimiento a la burguesía.

Está claro que este «comunismo» no es más que una forma de su radicalismo extremo, su inclinación por la venganza violenta. Aunque no es una descripción fiel del comunismo, sí es una descripción auténtica de la perspectiva burguesa del comunismo y de la revolución: violencia irracional y envidia que amenazan con descarrilar el avance gradual del capitalismo.

En este sentido, Mann es culpable de tener una perspectiva similar a la «teoría de la herradura», es decir, identificar el comunismo y la reacción extrema como más o menos lo mismo, con el liberalismo en el otro extremo. Sin embargo, Naphta sigue siendo una descripción muy eficaz de las tendencias oscurantistas alimentadas por el callejón sin salida del capitalismo.

NIEVE

Settembrini se ve a sí mismo como un ciudadano burgués clásico, un partidario de la lucha por la ilustración, pero en realidad no hace nada. Solo ha escrito un artículo en toda su vida. Lo único que hace es soltar palabrería en sus discusiones con Naphta sobre el alma burguesa de Hans.

Y esta lucha, tan simbólica de la encrucijada en la que se encontraba (y aún se encuentra) la sociedad capitalista, es demasiado grande para el ciudadano medio. Este prefiere pasar sus años en la tranquila Davos. Su indecisión, su creciente introspección y su idealización de la muerte son típicas de la burguesía de entonces y de ahora, incapaz de resolver los problemas de su propio sistema. Hans resume de forma bastante patética la confusión ideológica de su clase: «¡Qué lío!».[9]



Incapaz de expresarse social y emocionalmente, comienza a buscar aventuras en el aislamiento de las montañas que rodean el sanatorio. Los vientos vigorizantes de las montañas son un escape del lujo controlado del sanatorio.

Las excursiones cada vez más arriesgadas de Hans también sirven para expresar el tema de la destructividad salvaje de la burguesía imperialista, su deseo de muerte. Incapaz de hacer avanzar a la sociedad, lo único que puede hacer es arrastrar a la humanidad a la barbarie.

El capítulo «Nieve», posiblemente el más importante del libro, es realmente aterrador. Captura de forma brillante el poder sublime de las fuerzas naturales y la rapidez con la que pueden abrumar a los insignificantes seres humanos, el asombro que inspira la visión de capas y capas de montañas áridas y vastas. El comportamiento arriesgado de Hans en estas montañas recuerda ese extraño e irracional deseo de saltar desde altos precipicios.

Mientras que en el entorno controlado del sanatorio Hans es tímido y tiende a darle demasiadas vueltas a las cosas, en el aislamiento de las montañas se muestra valiente, incluso temerario. Al igual que en el sanatorio, se siente atraído por la muerte.

Sin embargo, la cruda y brutal realidad que le espera a Hans en las montañas lo aterroriza de repente. Después de desmayarse y tener sueños inquietantes, Hans emerge con una nueva perspectiva y llega a la siguiente conclusión:

> «… *por caridad y amor, el hombre nunca debe permitir que la muerte domine sus pensamientos*».[10]

Esto refleja evidentemente el horror y el «despertar» que Mann experimentó durante la Primera Guerra Mundial, y el hecho de que estas sean las únicas palabras en cursiva de todo el libro indica claramente que Mann estaba comunicando aquí sus propias creencias: el rechazo tanto de la revolución como de la reacción, que para Mann «permiten que la muerte domine los pensamientos».

Cabe señalar que Mann terminó de escribir este capítulo en junio de 1923, cuando Alemania se encontraba sumida en una crisis revolucionaria. Esta crisis culminaría en un fallido levantamiento comunista en octubre de ese mismo año, seguido del «golpe de Estado de la cervecería» de Hitler en noviembre. Es evidente que la ansiedad de la burguesía alemana, atrapada entre los fascistas por un lado y la perspectiva de una revolución socialista por otro, se refleja fielmente en las propias ideas de Mann.

La esperanza de Mann de que la recién establecida República de Weimar permitiera la victoria de la «caridad y el amor» resultó ser ilusoria. La victoria de los nazis en 1933 completó el descenso de la burguesía alemana hacia el irracionalismo, la barbarie y la muerte. Sin embargo, la búsqueda honesta y penetrante de Mann de un camino a seguir para la cultura burguesa europea solo pondría de relieve la ausencia de tal camino.

DECADENCIA

Es esta honestidad la que hace de *La montaña mágica* una obra maestra. A pesar de la naturaleza simbólica de los personajes, estos no se perciben como «meras figuras sombrías y parábolas andantes»,[11] tal y como temía el propio Mann. El lector es consciente de su simbolismo y, al mismo tiempo, se ve atraído por su vida emocional. Como dijo Engels sobre la novela de Minna Kautsky, «cada uno de ellos es un tipo, pero al mismo tiempo también un individuo definido, un 'Dieser [Este]', como diría el viejo Hegel, y así es como debe ser».[12]

A lo largo de la novela, Mann demuestra su dominio absoluto de la palabra escrita, combinando a la perfección descripciones precisas y realistas con un simbolismo poderoso y unas imágenes mágicas. Pero el placer de leer este libro reside principalmente en el alcance de sus ideas. No hay duda de que se trata de una novela profundamente filosófica. Y eso es precisamente lo que la hace grande. La escritura de Mann es demasiado rica, irónica, divertida y profunda como para que el lector pierda el interés debido a su fuerte carácter filosófico y simbólico.

Hoy más que nunca, la burguesía está dividida entre, por un lado, el liberalismo —supuestamente progresista— y, por otro, el irracionalismo y la negación del progreso. Sigue caminando sonámbula hacia el desastre, impotente ante sus propias crisis.

La montaña mágica revela, por lo tanto, el estado lánguido y decadente de la burguesía, que no es una moda pasajera, sino que lleva más de un siglo enconándose. Es una ventana a la mentalidad de una clase redundante y reaccionaria que debe ser derrocada antes de que se pueda volver a avanzar y se pueda emplear la ciencia de forma racional en la causa de la emancipación de la humanidad. ■

Referencias en línea
americasocialista.org
/amsoc42
o escanea el código QR

¿ERES
COMUNISTA?



¡ORGANÍZATE!

La **Internacional Comunista Revolucionaria** es una organización comunista revolucionaria con miles de militantes y presencia en más de 60 países de todo el mundo.

Organízate en la lucha contra el capitalismo: **únete.**

america socialista.org/ unete